

# EL EVOLUCIONISMO SOCIAL, LOS PROBLEMAS DE LA RAZA Y LA EDUCACIÓN EN COLOMBIA, PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX: EL CUERPO EN LAS ESTRATEGIAS EUGENÉSICAS DE LÍNEA DURA Y DE LÍNEA BLANDA<sup>1</sup>

Andrés Klaus Runge Peña \*

Diego Alejandro Muñoz Gaviria \*\*

**SÍNTESIS:** Este artículo trata sobre los denominados autores de la degeneración de la raza en Colombia. En él se muestra cómo se produjo la apropiación que estos intelectuales colombianos hicieron de las ideas evolucionistas y del progreso surgidas de la sociobiología especulativa durante la primera mitad del siglo XX, que tenía un carácter eugenésico tanto en su versión dura –como mejoramiento de la raza nativa por los fenotipos europeos a través de la inmigración de extranjeros–, como en su versión blanda –como mejora de las condiciones socioculturales de las poblaciones–, en gran parte a través de la educación. Además, se señala cómo, para el caso específico colombiano, y a partir de los discursos de estos intelectuales, el cuerpo se convirtió en un punto estratégico de las orientaciones eugenésicas mencionadas. Aquí el papel del cuerpo resulta ser, a la vez, el de una entidad biológica y el de una entidad simbólico-cultural. De ahí que la medicina y las propuestas eugenésicas ligadas a ella pasasen rápidamente del marco de «lo corporal» al campo de «lo social, lo cultural, lo ético, lo político», infiriendo profundamente en este último.

127

<sup>1</sup> Este trabajo es uno de los resultados de la investigación «El concepto de cuerpo en las escuelas normales de Antioquia entre 1920 y 1940: moral católica y moral biológica», financiada por el CODI de la Universidad de Antioquia, Colombia.

\* Profesor de la Universidad de Antioquia y coordinador del grupo de investigación sobre Formación y Antropología Pedagógica e Histórica.

\*\* Docente investigador de la Universidad de Antioquia y miembro del grupo de investigación sobre Formación y Antropología Pedagógica e Histórica.

**SÍNTESE:** Este artigo trata sobre os denominados autores da degeneração da raça na Colômbia. Nele se mostra como se produziu a apropriação que estes intelectuais colombianos fizeram das idéias evolucionistas e do progresso surgidas do da sociobiologia especulativa durante a primeira metade do século XX, que tinha um temperamento eugenésico tanto em sua versão dura – como melhoramento da raça nativa pelos fenotipos europeus através da imigração de estrangeiros –, como em sua versão suave – como melhora das condições socioculturais das populações –, em grande parte através da educação. Além disso, se assinala como, para o caso específico colombiano, e a partir dos discursos destes intelectuais, o corpo se converteu em um ponto estratégico das orientações eugenésicas mencionadas. Aqui o papel do corpo parece ser, ao mesmo tempo, o de uma entidade biológica e o de uma entidade simbólico-cultural. Daí que a medicina e as propostas eugenésicas ligadas a ela passassem rapidamente do marco de «o corporal» ao campo de «o social, o cultural, o ético, o político», inferindo profundamente neste último.

Desde la perspectiva de Zaratustra, los hombres del presente son, sobre todo, una sola cosa: criadores [*Züchter*] exitosos que han tenido la capacidad de hacer del hombre salvaje el último hombre. Se sobreentiende que esto no podía haber ocurrido tan solo por medios humanísticos, doméstico-adiestro-educadores. Con la tesis del hombre como criador del hombre se hace estallar el horizonte humanístico, en la medida en la que el Humanismo nunca podrá ni le será permitido pensar más allá de la pregunta por la domesticación y la educación: el humanista se da al hombre como pretexto y aplica en él sus medios de domesticación, de doma, de formación, convencido, como lo está, de la conexión necesaria entre el leer, el estar sentado y el apaciguamiento.

*Peter Sloterdijk, 1999, p. 39.*

El capitalismo [...] socializó un primer objeto, que fue el cuerpo, en función de la fuerza laboral. El control de la sociedad sobre los individuos no se opera simplemente por la conciencia o por la ideología, sino que se ejerce en el cuerpo, con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, antes que nada, lo importante era lo biológico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica.

*Michel Foucault, 1996, p. 87.*

En la América, como lo dijo Alberdi, «gobernar es poblar», pero poblar regenerando.

*Miguel Jiménez López, 1920, p. 39.*

Si lo indispensable es vivir, y si para ello no todas las condiciones de la perfecta vida pueden lograrse, es necesario realizar aquella parte que está a nuestro alcance inmediato [...]. Tengamos por ahora los cuerpos sanos que el cruzamiento da, y esperemos que tarde o temprano vendrán a alojarse en ellos mentes sanas.

*Rafael Uribe Uribe, 1955, p. 189.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Si en algo coincidía la gran mayoría de los intelectuales<sup>2</sup> laicos y católicos de la primera mitad del siglo XX que se preocuparon por la educación, era en la convicción de que la perfectibilidad<sup>3</sup> del ser humano, del colombiano en particular, debía encontrar su momento de realización en una formación moral y cultural articulada con el trabajo, y que propendiera, a su vez, al logro de los ideales de desarrollo y de progreso del país que tan en boga estaban por ese entonces. Como consecuencia, de allí resultaron varias propuestas de intervención<sup>4</sup>

129

<sup>2</sup> Según Herrera (1999, pp. 70 y ss.), los principales intelectuales que se preocuparon y se ocuparon de una educación –activa– durante la primera mitad del siglo pasado, se pueden ubicar en dos grupos, a saber: los de orientación psicológica y los de orientación sociológica. Los primeros, a su vez, se dividen en aquellos que propusieron una educación laica, como Agustín Nieto Caballero y Gabriel Anzola Gómez, y los que se ubicaron dentro de una psicología católica, como Miguel Jiménez López y Rafael Bernal Jiménez. Por su parte, dentro de la orientación sociológica, cabe mencionar a José Francisco Socarrás, Luis López de Mesa, Germán Arciniegas, Darío Echandía y Gerardo Molina. Frente a este grupo de pensadores están los defensores convencidos de la pedagogía católica, dentro de los que se cuentan Félix Restrepo Mejía y Eduardo Ospina.

<sup>3</sup> La perfectibilidad (*perfectibilité*) es un concepto acuñado por Rousseau para designar la capacidad y la posibilidad humana de perfeccionarse. La perfectibilidad en Rousseau no está determinada de un modo positivo, por lo que, en ese sentido, no es ni teleológica –desde el punto de vista aristotélico–, ni normativa –en el sentido de la doctrina de la *imago Dei*–. Como resultado, la perfectibilidad puede llevar al ser humano tanto a la perfección como a la depravación. Gracias a la capacidad inherente de poder perfeccionarse, el ser humano *se sale* entonces de la creación, de un «desarrollo natural», y empieza a hacer de sí mismo su propia historia.

<sup>4</sup> Resulta interesante mencionar aquí que las ideas de intervención y de expropiación por cuestiones de raza y de atraso ya estaban en boca de Rafael Uribe Uribe. En un artículo titulado «El derecho de expropiación sobre las razas incompetentes»,

educativa (escuela defensiva, escuela del examen, higiene escolar, colonias escolares), que se llevaron a cabo con el propósito de socializar y de formar al pueblo<sup>5</sup> colombiano de acuerdo con modelos europeos –y norteamericanos–, que no sólo estaban enfocados hacia la consolidación de ciertas formas de sociabilidad propias de la modernidad burguesa (familia, industriosisdad, civilidad, etc.), sino también hacia aspectos más específicos e individuales (formas de subjetivación), tales como modos de comportamiento, como hábitos, gustos, modales, costumbres, valores modernos, formas de presentarse, tratos destinados a su uso por el cuerpo, entre otros<sup>6</sup>.

El trasfondo de este pensamiento era la concepción de que Colombia, según el modelo de la civilización occidental europea que se

---

Uribe Uribe, comentando algunas apreciaciones del capitán estadounidense Alfredo Mahan, se hacía la pregunta sobre si los colombianos tenían o no los rasgos distintivos de las razas incompetentes, lo que justificaría, a la luz de las apreciaciones del estadounidense en cuestión, la inevitable intervención y expropiación por parte de los «más fuertes y desarrollados». Se sostenía que, para merecer un territorio, no bastaba con *estar en él*, sino que había que exigir a sus pobladores, además –según el autor comentado–, «capacidad para el progreso» y «supervivencia por la organización» (Uribe Uribe, 1955, pp. 143-144). Con un tono amenazante, escribía entonces Uribe Uribe: «Óigase bien: indios de América, egipcios en África, árabes en Asia, turcos en Europa, en una palabra, todos los incompetentes de raza y de sistema, están obligados, por interés superior de la civilización, a ceder su territorio (evicción) o a aceptar un control político o económico (subalternización)» (Uribe Uribe, 1955, p. 147). La «supremacía por la energía» y el «derecho justificado por la competencia», ideas propias de las naciones que iban a la vanguardia y que eran radicalmente darwinianas, según Uribe Uribe, aparecían ante sus ojos como incontrovertibles, pero, por otra parte, como una voz de alerta y como una llamada a la acción. También esa idea la sostenía López de Mesa, para quien «la moral, la conducta de los hombres, está regida por esta ley de 'jerarquización'; lo más fuerte, individual o colectivamente, dará la norma» (López de Mesa, 1926, p. 217).

<sup>5</sup> Díaz Soler, 2001, pp. 143 y ss., 2005; Laclau, 2005.

<sup>6</sup> En la terminología de Foucault, podríamos hablar aquí de una «biopolítica de la población» y de una «anatomopolítica de los cuerpos»; de un «poder político» y de un «poder pastoral» (Foucault, 1992, pp. 250 y ss.). Es decir, según lo primero, los cuerpos de los individuos del sector popular entran en un proceso de *modelamiento* y de individualización homogeneizante, a través de ciertas instituciones disciplinarias como por ejemplo la escuela, con el propósito, de acuerdo con el segundo concepto, de mantener regulada y sana a esa población (cuerpo múltiple), con miras, sobre todo, a una mano de obra y a una producción más eficientes. Como dice Foucault, «en resumen: tenemos una tecnología de adiestramiento opuesta a una tecnología de seguridad, una tecnología disciplinaria que se distingue de una tecnología aseguradora y reguladora; una tecnología que es, en ambos casos, una tecnología del cuerpo, pero en uno es una tecnología en la que el cuerpo es individualizado como organismo, dotado de capacidades, y, en el otro, es una tecnología en la que los cuerpos son reubicados en procesos biológicos de conjunto» (Foucault, 1992, p. 258).

tenía como referente y como guía<sup>7</sup>, era todavía un país atrasado, no desarrollado, no modernizado, incivilizado, *incluso en decadencia*, que necesitaba, por tanto, salir de dicha situación crítica y consolidarse como «una gran nación moral» (Uribe Uribe, 1955, p. 191). Jiménez López decía en ese mismo sentido: «Hay en todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva infinidad de caracteres psíquicos que denotan un estado social patológico: la “impaciencia” infantil de nuestras actividades; la “emotividad” que se transmite prontamente de lo alto a lo bajo de las esferas sociales, y que implica una “sugestibilidad” extrema de las masas; la tendencia de la mayor parte de las agrupaciones a buscar sin reflexión la solución extrema y violenta de toda clase de situaciones, lo que denuncia un fondo común de “impulsividad”; los cambios bruscos de opiniones y de actitudes con respecto a hechos y a hombres que en el fondo han quedado los mismos, signo este de “inestabilidad” mental» (Jiménez López, 1920, p. 26).

Colombia era entendida entonces como una de esas naciones que se mantenía en condición de minoría de edad, infantil<sup>8</sup> y «carente de personalidad colectiva» (Jiménez López), que, en tanto país periférico, tercermundista y/o subdesarrollado, requería la apropiación urgente

<sup>7</sup> Así, «conviene vincular el acontecer histórico colombiano con la cultura universal para disponer de un patrón de medida que autorice su calificación, o sea, ayuntarle un término de referencia, aunque somero, que la gradúe en su vario devenir» (López de Mesa, 1970b, p. 55). Como se puede notar, junto a la homogeneización del tiempo en nombre de un progreso universal, se homogeneiza también la formación humana en nombre de «la» cultura, es decir, en nombre de «aquella espiritualidad excelsa que abarca el arte, las buenas maneras y la filosofía, aquella depuración del espíritu que busca las tesis trascendentales de la vida y las emociones sublimadas, que mira a los fines remotos con mirada sibilina y que crea valores ideales para la lucha humana» (López de Mesa, 1917, p. 227).

<sup>8</sup> La minoría de edad y el estado infantil no sólo se tienen para las etapas evolutivas del sujeto en términos de niñez y de adolescencia, sino que, además, se refieren a consideraciones geopolíticas y raciales según las cuales nuestro país, por ejemplo, era considerado como una nación menor de edad, comparada con las sociedades avanzadas, y, por ello, susceptible de ser intervenida y/o «ayudada» por esas sociedades mayores de edad (como es lógico, con ideas como ésta se legitimaba a su manera el intervencionismo). Así, tanto la condición de minoría de edad (niñez y adolescencia) de los sujetos individuales, de las etnias (indígenas, afros, mestizos) como de las sociedades infantiles, llevaba a la conformación de temporalidades y de espacios panoptizados, en donde los que están inmersos se convierten en objetos de intervención y de vigilancia, es decir, en objetos de una gestión controlada de sus vidas, que, aún hoy, se pueden ver como un poder funcionando en el ámbito social contemporáneo (actualmente estas formas de infantilización se pueden ver funcionando cuando entran en relación, v. gr., los discursos ecológicos y ambientalistas con la situación de las comunidades indígenas). Acerca de la idea de sociedad en condición de minoría de edad o de infante, ver Spengler, 2002, pp. 45-90.

de una dinámica como la de las sociedades «avanzadas» (industrialización, urbanización, tecnificación, etc.), y de una recepción de los saberes modernos, para la explicación, la intervención y la solución de sus problemas sociales. Por eso, como dicen los autores del libro *Mirar la infancia*: «Entre 1900 y 1934 [...] se presenta con regularidad sistemática la noción de lo *moderno*, para legitimar como válidos, científicos y objetivos un conjunto de saberes y de prácticas pedagógicas, psicológicas, paidológicas, higiénicas, biológicas, fisiológicas, médicas y eugenésicas. Se concebía lo moderno como símbolo de una nueva era, que, más que construir sobre el pasado, pretendía romper con lo viejo, con lo tradicional y con lo clásico. Para los profetas de esta nueva era –joven, vigorosa, confiada–, sólo parecía existir un presente y un futuro llenos de las inmensas posibilidades que lo *moderno* permitiría alcanzar» (Sáenz, Saldarriaga y Ospina, 1997, pp. 7-8).

De esta manera, los programas de perfeccionamiento y sus ideales de formación<sup>9</sup>, en la Colombia de los albores del siglo XX, se configuraron como franca y sutil oposición a una serie de amenazas y de peligros que la sociedad colombiana debía controlar y superar. Para decirlo de otro modo, se presentaba ahora una profunda desconfianza frente al pueblo colombiano, al cual se consideraba como la objetivación de la decadencia. Gracias entonces a la entrada y a la apropiación de los saberes modernos, y a los nuevos ideales de formación y de culturización humanos, los problemas en torno a la imperfección, a la degeneración y a la infantilización del pueblo colombiano adquirieron un papel determinante, al configurarse como *contraimágenes que había que combatir*<sup>10</sup>, y, por eso, en contra de ellas se desarrollaron las prácticas y los discursos progresistas y renovadores de comienzos del siglo XX, que, además, encontraron en el cuerpo un *operador productor de sentido*—en la medida

<sup>9</sup> López de Mesa decía, por ejemplo, que había que crear «un ideal de raza. Enseñar al pueblo que tiene una misión histórica que cumplir; que cada acto de su vida tiene que armonizarse con otros actos hacia algo superior [...], que cada pueblo, realmente histórico, está formando día por día la conciencia humana universal [...]. Que el pueblo es una cultura o al menos un ideal, y no mera porción de raza o parcela de territorio» (López de Mesa, 1926, p. 178).

<sup>10</sup> «Del mismo modo que los ideales positivos se concretan en utopías soñadas y en prohombres representativos, los ideales negativos dibujan pesadillas insoportables, incluidas personas o grupos representantes del mal. Los marginados por la sociedad [...] no son seres al margen de la historia, aunque estén marginados, sino que forman parte fundamental de esta interpretación sin la cual la sociedad no podría funcionar. Son pilares básicos de la convivencia, elementos que sitúan las fronteras de la permisividad, de la barbarie, del caos; por tanto, básicos a la hora de delinear el mapa de la civilización» (Parceval, 1995, p. 21).

en la que comenzó a dar mucho que decir, que pensar y que hacer–, y que, así mismo, anclaron en él muchas de las posibilidades de salvación y de futuro (como cuerpo sano, vigoroso, disciplinado, saludable, controlado, educado, estético, distinto, bien puesto, ejercitado, rendidor, resistente, etc.). Así lo afirmaba Jiménez López: «Debemos perfeccionar nuestra raza en todo sentido: en lo intelectual, en lo moral, en lo morfológico; la evolución hacia el tipo de belleza físico admitido hoy en el mundo es condición primera en el mejoramiento de las razas» (Jiménez López, 1920a, p. 75).

Uno de los saberes modernos más sugestivos para ese entonces, que circulaba a nivel mundial, era el del evolucionismo social. Se trataba de un saber que, apropiado por muchos de los intelectuales colombianos más sobresalientes de la época, cumplió también un rol determinante en las conciencias colectivas, al ayudar a difundir ciertas sugerencias o creencias que permitieron, además, poner en práctica apuestas políticas, sociales, médicas, higienistas y educativas, con una pretensión fundamentalmente eugenésica<sup>11</sup>.

Un período de gran relevancia en estos aspectos fue el comprendido entre 1918 y 1920<sup>12</sup>, ya que el supuesto estado de atraso

<sup>11</sup> Recordemos que el tema de la eugenesia ha estado asociado, a través de la historia, a la pretensión humana de «mejorar» las disposiciones y las condiciones primordiales, que, a nivel biológico y cultural, operan como dotaciones básicas del ser humano, y gracias a las cuales se inicia la humanogénesis y se orienta hacia un determinado ideal de perfección. La eugenesia se basa en los aportes de la genética humana, y en las posturas del determinismo racial y del darwinismo social. Desde parámetros darwinistas y spencerianos, la eugenesia le sobrepone a una selección natural una *selección artificial*. El término «eugenesia» (*eugenes* = bien nacido, de buena raza) designa entonces un espacio de indagación en el que se aplican los conocimientos sobre la genética humana a las diferentes poblaciones, con el propósito de «mejorarlas». El concepto de «eugenesia» fue utilizado por primera vez en 1883 por el antropólogo británico Francis Galton (1822-1911), pariente de Charles Darwin. Para Galton, la eugenesia era una ciencia cuyo propósito fundamental era el de optimizar las disposiciones heredadas consideradas positivas y valiosas mediante un buen «cultivo» o «crianza». El fin último de la eugenesia es el «mejoramiento» a largo plazo de las disposiciones naturales de la población, favoreciendo, por un lado, la reproducción, el mantenimiento y el mejoramiento de los «saludables», y, por otro, impidiendo la reproducción de los «enfermos» y de los menos aptos a base de medidas sociopolíticas que van desde la prohibición del matrimonio (reproducción) entre impedidos físicos y mentales hasta su esterilización, e incluso hasta su eliminación (eutanasia), como sucedió en el transcurso del régimen nazi. En Colombia, durante 1920, y como se verá más adelante, se consideraron muy seriamente la educación y la inmigración como estrategias eugenésicas para la población degenerada.

<sup>12</sup> Saldarriaga Vélez habla en esta época de una «matriz de formación de lo social», conformada por «los saberes médicos, biológicos, psicológicos y experimentales,

cultural, de decadencia fisiológica y de miseria mental de la población, suscitó en Colombia, por ese entonces, un debate de gran importancia (cuyos postulados salieron publicados como libro el 12 de octubre de 1920 con el título *Los problemas de la raza en Colombia*), que tuvo lugar en el Teatro Municipal de Bogotá, y en el que tomaron parte grandes intelectuales de la época como Miguel Jiménez López (psiquiatra), Luis López de Mesa (médico y psicólogo), Calixto Torres Umaña (fisiólogo), Jorge Bejarano (higienista), Simón Araújo (institutor), Lucas Caballero (sociólogo), Rafael Escallón (abogado), entre otros. Se suponía, como fue el caso de estos pensadores de la degeneración de la raza<sup>13</sup>, que, con toda una serie de prácticas y de estrategias eugenésicas, se iba a poder permitir a nuestras poblaciones y a nuestros individuos *en estado de*

que veían lo social como el ámbito de los movimientos poblacionales, las relaciones entre organismo y medio ambiente, la influencia del clima, la herencia y la raza; su modo de intervención partía de la experimentación médica sobre grupos marginales, el examen y los tests psicobiológicos [...] reconocible claramente durante las dos primeras décadas del siglo XX, época de auge de las campañas antialcohólicas, higienizadoras y eugenésicas, de introducción de los restaurantes escolares y de la medición antropométrica, etapa cuyo momento cumbre fue la llamada Polémica sobre la Degeneración de la Raza en 1918» (Saldarriaga Vélez, 2000, pp. 334-335).

<sup>13</sup> El trasfondo de los problemas sobre la degeneración y la posible regeneración de la raza está inscrito en las teorías racistas sobre la civilización que se originaron durante la segunda mitad del siglo XIX. El principal precursor y representante de estas teorías fue el francés Joseph Arthur Gobineau, quien, en su escrito *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, se preocupó por la «evolución» (nacimiento, esplendor, decadencia y muerte) de las civilizaciones. Este autor fue uno de los que propuso que las mezclas raciales eran una forma muy importante de elevar el nivel cultural y biológico de cualquier raza, apreciación que fue retomada en nuestro país durante la primera mitad del siglo XX. Según el punto de vista de este autor, la degeneración de las razas se encuentra asociada a ciertas mezclas de sangre no adecuadas. De allí la relación estrecha que se plantea entre raza, racismo, eugenesia y progreso, en donde la raza puede aparecer como factor de atraso y de decadencia. En Colombia, el problema de la «degeneración» de la raza estuvo en boca de muchos pensadores, políticos e intelectuales de la época, y fue incluso tratado en el Congreso. Eso sirvió para que viera la luz la Ley 114 de 1922 sobre inmigración. Con esta ley se exhortaba al mejoramiento de las condiciones raciales (étnicas, culturales, sociales), tanto en un sentido físico como moral, mediante la promoción de la inmigración de individuos y de familias que tuvieran las características que se requerían –que las elites y el poder hegemónico requerían– para el eventual mejoramiento de la raza nacional. De acuerdo con esto, quedaba también prohibida la entrada de otros individuos y de otros grupos, que, por sus condiciones étnicas, orgánicas y/o sociales, fueran considerados como un «problema» para el posible mejoramiento de la «raza colombiana», y, por tanto, para el progreso de nuestro país. Eso significó, dentro de la misma lógica, una mirada discriminatoria y excluyente hacia ciertos grupos de la propia sociedad (afros, indígenas y el pueblo en general).

*infantilización y de decadencia*, evolucionar<sup>14</sup>, desarrollarse<sup>15</sup> y progresar<sup>16</sup>.

Lo que en este escrito queremos mostrar es cómo, para el caso específico de nuestro país, y a partir de los discursos de los intelectuales mencionados, el cuerpo se convierte en un punto de articulación para la propuesta de una serie de estrategias eugenésicas, tanto de línea dura como de línea blanda, a las que les subyacía, sobre todo, una particular apropiación del evolucionismo social como pensamiento *fundante*<sup>17</sup> —como «ideología»<sup>18</sup>—, y en las que la educación del cuerpo pasó a ocupar un lugar estratégico<sup>19</sup>.

## 2. ALGUNOS PLANTEAMIENTOS BÁSICOS DEL EVOLUCIONISMO SOCIAL O SOCIOBIOLOGÍA

El evolucionismo social o «sociobiología especulativa»<sup>20</sup> se perfiló, en el contexto histórico de finales del siglo XIX y comienzos del XX, como uno de los discursos de las ciencias sociales que podía portar fórmulas mágicas capaces de dar respuesta, de manera satisfactoria, a

<sup>14</sup> Desde la biología es necesario citar a Darwin, quien en sus textos utilizaba la palabra «progreso» para enunciar procesos que hoy bien se podrían denominar como evolución o como desarrollo. Del mismo modo, se podría considerar que en Spencer también existe esa mirada sociológica con respecto a una evolución social. Así, el siglo XIX tiene una fuerte relación con la idea de progreso a través de lo que se denominó «evolución social» y «evolución biológica», o, como lo planteó Comte, «ley del progreso» (Comte, 1995).

<sup>15</sup> Escobar, 1998.

<sup>16</sup> Aquí hay que tener en cuenta, tal como plantea Nisbet (1991), que la idea de progreso se encuentra en una relación muy estrecha con la existencia, desde el punto de vista histórico, de determinados grupos raciales —étnicos—, a quienes los difusores de un pensamiento racista consideran como fundamentales para el adelanto y la mejora de la civilización.

<sup>17</sup> El evolucionismo social se erigió así como uno de los saberes fundamentales de las ciencias sociales, que tuvo gran circulación durante la época, y que, para el caso concreto colombiano, permitió, gracias a la apropiación de que fue objeto, la fundamentación conceptual e ideológica de los llamados pensadores de la degeneración de la raza.

<sup>18</sup> Un aspecto de la «ideología» del racismo es el de que difunde ciertas visiones e imaginarios que ayudan a que las desigualdades sociales se «naturalicen». Para una revisión actual del concepto de «ideología» véase •iek, 2004.

<sup>19</sup> En esta misma línea temática se pueden consultar, entre otros, los trabajos de Herrera (2001) y de Chinchilla (2001).

<sup>20</sup> Sáenz, Saldarriaga y Ospina, 1997, p. 19.

las preguntas que circulaban sobre la organización y el orden social en los escenarios, en las culturas y en las comunidades de científicos sociales de la época. En el punto central del desarrollo de la teoría sociológica desde esta perspectiva evolucionista, y como uno de sus teóricos clásicos, se encuentra el pensador inglés Herbert Spencer (1820-1903), cuyos planteamientos radicalizan, en cierta medida, las ideas de Comte y de Darwin. Para Spencer, la «evolución es una integración de la materia y una disipación concomitante del movimiento, durante la cual la materia pasa de la homogeneidad relativamente indefinida e incoherente a una heterogeneidad relativamente coherente y diferenciada, mientras que el movimiento pasa por una transformación paralela» (Spencer, p. 407). En ese sentido y desde su visión naturalista, para este autor, tanto en los organismos como en la sociedad, el progreso es el paso de una situación en la que partes iguales desempeñan funciones iguales, a otra situación en la cual partes diferentes desempeñan funciones diferentes; es decir, el paso de lo uniforme indiferenciado a lo multiforme diferenciado. La evolución del nivel orgánico (biológico) y supraorgánico (social) se presenta entonces con el movimiento, que permite el paso de formas homogéneas simples a formas heterogéneas complejas, y con la transformación de formas de vida y de estilos estandarizados y mecánicos a condiciones multiformes y orgánicas. De esta manera, el aumento de la complejidad en los niveles orgánico y supraorgánico estaría implicando, de igual forma, el progreso<sup>21</sup>, entendido como movimiento constante de mutación en el que formas culturales antiguas se abandonan para que puedan adquirirse otras nuevas. En este caso, el desarrollo se basa en las diferenciaciones y en las integraciones permanentes. Así, en Spencer, ese llamado académico moderno-positivista de tematizar y de argumentar sobre la sociedad a la luz de la idea de progreso, encuentra respuesta a partir de la suprema ley de todo devenir: la evolución.

---

<sup>21</sup> La idea de progreso, propia de la época moderna en cuanto a sugestión o a representación colectiva para la explicación del devenir histórico, es situada, incluso desde el mismo Comte, con una carga de cierta obligatoriedad para todo pensamiento que se considere positivo; de ahí que, a pesar de las diferencias existentes entre el padre de la sociología y el iniciador del evolucionismo social, este último consiga entender el progreso social desde la fusión entre los postulados de la ciencia social y la ciencia biológica, en el punto convergente de la ley de la evolución. «En sus primeros principios, Spencer se propone fundar la ley general de la evolución sobre los axiomas de la persistencia de la fuerza, de la indestructibilidad de la materia y de la continuidad del movimiento. La transformación de la fuerza y de la materia por su movimiento llevan a la evolución, en la cual la materia se integra, el movimiento se dispersa y se diferencia, en tanto que las fuerzas establecen equilibrios variados. El proceso de evolución puede caracterizarse así como el pasaje de una homogeneidad incoherente a una heterogeneidad coherente» (Gurvitch, 1970, p. 188).

Para el caso concreto de la evolución social, y partiendo para ello de la similitud entre ésta evolución y la biológica, Spencer presenta las siguientes líneas de razonamiento con respecto a la sociedad:

- El hecho principal de la evolución está en el paso de las sociedades simples hasta los diversos niveles de las sociedades compuestas. Estas últimas nacen por la agregación de algunas sociedades simples; mediante nuevas agregaciones de sociedades compuestas, nacen sociedades doblemente compuestas; por la agregación de sociedades doblemente compuestas nacen sociedades triplemente compuestas.
- En la segunda línea de razonamiento se desarrolla la tesis de que también ha tenido lugar un tipo de evolución un tanto diferente, a saber: el de la sociedad militar al de la sociedad industrial. Estos dos tipos se distinguen sobre la base del predominio de la cooperación obligatoria en la sociedad militar, y en el de la cooperación voluntaria en la de tipo industrial<sup>22</sup>.

El ideal spenceriano de la adquisición, por parte de los seres vivos (biológico-sociales), de un umbral o de un nivel evolutivo más complejo que pudiese representar la objetivación del ideal de progreso en lo supraorgánico, implica, desde su basamento conceptual y desde las imposibilidades cognitivo-heurísticas de la época, la búsqueda de argumentos teóricos que ayudaran a comprender la forma de cómo en lo social, en tanto «todo organizado», se podían vivenciar y alcanzar dinámicas evolutivas similares, mas no iguales, a las experimentadas por los seres orgánicos.

Spencer mantuvo así como base de su teoría sociológica evolucionista la analogía orgánica, es decir, la identificación, según determinados fines, de la sociedad con un organismo biológico<sup>23</sup>, símil que para el autor no era más que una analogía que debía ser trascendida una vez que la teoría sociológica pudiera explicar con argumentos y con categorías más pertinentes<sup>24</sup> dicha dinámica evolutiva. De esta manera,

<sup>22</sup> Timasheff, 1977, pp. 58-59.

<sup>23</sup> Uno de los capítulos de *Principios de sociología* se titula, precisamente, «La sociedad es un organismo».

<sup>24</sup> Argumentos y categorías que posteriormente fueron adoptados por las teorías de sistemas.

para Spencer la analogía del organismo social era un mero andamiaje para la comprensión de su objeto de estudio. Sobre el particular el autor expresa que: «tan por completo está la sociedad organizada según el mismo sistema de un ser individual, que podemos percibir algo más que analogías entre ellos; la misma definición de la vida es aplicable a ambos. Únicamente cuando se advierte que las transformaciones experimentadas durante el crecimiento, la madurez y la decadencia de una sociedad se conforman a los mismos principios que las transformaciones experimentadas por agregados de todos los órdenes, inorgánicos y orgánicos, se ha llegado al concepto de la sociología como ciencia». Esta visión organicista, que podría decirse que nunca logró superar el autor al equiparar metafóricamente la sociedad con un organismo vivo, propone los siguientes argumentos:

- Tanto la sociedad como los organismos se diferencian de la materia inorgánica por un crecimiento visible durante la mayor parte de su existencia.
- Así como las sociedades y los organismos crecen de tamaño, así también aumentan en complejidad y en estructura. Los organismos primitivos son simples, mientras que los superiores son complejos.
- En las sociedades y en los organismos, la diferenciación progresiva de estructuras va acompañada de una diferenciación progresiva de funciones.
- La evolución crea para las sociedades y para los organismos diferencias de estructura y de función, que se hacen posibles unas a otras.
- Así como un organismo viviente puede ser considerado como una nación de unidades que viven individualmente, así una nación de seres humanos puede ser considerada como un organismo.

Con estos argumentos, Spencer logra estructurar la filigrana teórica que, para su época, es vista como válida para la explicación del progreso social como manifestación de la evolución orgánica y supraorgánica. Es importante anotar que, en la reconstrucción del evolucionismo y del organicismo spencerianos, algunos autores, como Gurvitch, sostienen que dichos planteamientos no pueden ser igualados por otras miradas que en la misma época tenían pensadores del evolucionismo.

nismo biológico como Darwin<sup>25</sup>. Sobre esto opina aquel autor: «No sería exacto decir que la sociología de Spencer fue una aplicación directa de las ideas de biólogos tales como Lamarck y Darwin. Darwin (1809-1882), que fue su contemporáneo, tenía una concepción diferente de la evolución biológica, y Spencer encontró su idea general de la evolución, como integración por diferencia, antes de que Darwin hubiera hablado de la evolución como pasaje de la homogeneidad a la heterogeneidad. No obstante, ambos pensadores venían del mismo ámbito de ideas, y Spencer aprovechó a menudo las argumentaciones de Darwin» (Gurvitch, 1970, p. 186).

Quizás uno de los puntos centrales en la diferenciación de las miradas evolucionistas de Spencer y de Darwin se refiere a la idea spenceriana de la existencia de ciertas dinámicas de lucha por la supervivencia de los seres vivos, entre ellos los seres humanos, que da como resultado la extinción o la desaparición de los menos aptos, idea esta que es sostenida en los campos de lo social y de lo político mediante la defensa de la *no intervención estatal* en asuntos, por ejemplo, de educación y de higiene públicas. Por el contrario, Darwin sostenía la posibilidad de la lucha por la supervivencia a través de procesos adaptativos que no tenían que implicar, en el concierto de los seres vivos, la desaparición de algunos de ellos, sino, más bien, la mejoría de los organismos mediante el desarrollo de habilidades o de competencias para enfrentar el medio, es decir, valiéndose de la adaptación. Así pues, «es sobre Spencer y no sobre Darwin sobre quien recae la mayor parte de

<sup>25</sup> De acuerdo con los planteamientos de Darwin, la evolución actúa sobre los seres vegetales y animales en términos de su eficacia reproductiva y de su capacidad de supervivencia. Según la primera verdad de la evolución referida al *crecimiento exponencial*, los seres vivos tienden a reproducirse cada vez en ritmos de aumento proporcional. Y no hay excepción a la regla, sostiene Darwin. Todo ser vivo se multiplica de una manera natural por un factor tan elevado, que, si no se le destruyera, la tierra no tardaría en quedar poblada por la progenie. La segunda ley de la evolución es la *variación*, según la cual, y a pesar del carácter constante de las especies, los individuos que pertenecen a ellas pasan constantemente por pequeñas variaciones. El tercer punto es la *herencia*. Todo ser viviente tiende a mantener, es decir, a heredar los rasgos de sus progenitores. La teoría de la evolución de Darwin plantea entonces que las especies son proclives a crecer hasta acercarse a los límites de sus recursos. En esa lucha por la existencia, tienen mayores posibilidades de subsistir los individuos más fuertes y con mayor capacidad de adaptación al medio. La descendencia de estos propende a heredar los rasgos favorables y a perpetuarlos en las generaciones siguientes. De allí que, como consecuencia lógica, los individuos menos adaptados y débiles no tengan las mismas probabilidades de sobrevivir y se inclinen a desaparecer. Así, a grandes rasgos, en estos procesos se mantienen o se fortalecen unos aspectos y se eliminan otros, transformándose o evolucionando de tal modo las especies (Darwin, 1993).

la responsabilidad de haber mutilado la potencia explicativa de la teoría evolucionista cultural, por haberla mezclado con el determinismo racial» (Harris, 1999, p. 111), y por haberla anclado a la «ideología» del progreso y del perfeccionamiento.

Las ideas de Spencer pervivieron en la teoría sociológica, una vez que el pensamiento evolucionista se hizo dominante durante el último cuarto del siglo XIX; éste le dio, a su vez, una cierta unidad a la sociología. Lo que discutían, ante todo los sociólogos, era sobre cuál podía considerarse la interpretación más adecuada de la evolución, que para el propio Spencer no estaba del todo clara. El debate solía centrarse en la identificación del factor predominante responsable de la evolución de la sociedad. Así, un autor como Durkheim, en su texto *La división del trabajo social*, y siguiendo la hipótesis spenceriana del paso de una sociedad militar a otra de carácter industrial, propone la idea evolucionista de la existencia de dos tipos de solidaridades: la mecánica, propia de sociedades tradicionales o primitivas, y la solidaridad orgánica, propia de sociedades complejas o avanzadas<sup>26</sup>. Por otro lado, tendencias sociológicas como el darwinismo social<sup>27</sup>, o los evolucionismos psicológico<sup>28</sup>,

<sup>26</sup> Durkheim, 1985.

<sup>27</sup> Representado por autores como el inglés Walter Bagehot (1826-1877), quien en su texto *Física y política* (1872) propone como rasgo fundamental de la evolución la lucha de grupos, y la variabilidad como idea de progreso; por Ludwig Gumplowicz (1838-1909), quien, en sus libros *Raza y Estado* (1875) y *Lucha de razas* (1883), plantea que la evolución social y cultural es el resultado de la lucha de grupos o de la supervivencia del más fuerte. Para el austríaco Gustav Ratzenhofer (1842-1904), tal y como sostiene en su libro *Naturaleza y fin de la política* (1893), las tareas de la sociología son descubrir las tendencias fundamentales de la evolución social, y las condiciones de bienestar de los seres humanos. Para este autor, la sociedad se dirige por intereses, que son la expresión de una necesidad a través de la cual se produce una percepción de su inevitabilidad, siendo ésta innata o instintiva. En cuanto al norteamericano Albion W. Small (1854-1926), los intereses son los móviles más simples que pueden descubrirse en la conducta de los seres humanos, tal y como sostiene en su trabajo *Sociología general* (1913). La vida misma es el proceso de desarrollo, de adaptación y de satisfacción de intereses. Por su parte, William Graham Sumner (1840-1910), en su escrito *La ciencia de la sociedad* (1872), sostiene que la ley fundamental es la evolución, proceso espontáneo, unilineal e irreversible, que no puede ser modificado por el esfuerzo social. Para dicho autor, la evolución es impulsada hacia adelante gracias a la lucha por la existencia. Se trata de un combate que enfrenta al hombre con la naturaleza y con los demás hombres, sin que nadie pueda ser culpado por las penalidades que unos individuos puedan imponer a otros.

<sup>28</sup> Para el evolucionismo psicológico, la mente humana, con su capacidad para deliberar y para elegir, no es, pues, un factor de la evolución; en realidad, su interferencia con la evolución más bien es dañina. Al mediar el decenio de los años 80 del siglo XIX surgió una nueva rama del evolucionismo, que, contrariamente a la teoría de Spencer, atribuyó a la mentalidad humana un papel importante en la evolución. Sus fundadores fueron los sociólogos Lester F. Ward (1841-1913) y Franklin H. Giddings (1855-1931).

económico<sup>29</sup>, tecnológico<sup>30</sup> y demográfico<sup>31</sup>, acogerán estos postulados spencerianos manteniendo, frente al iniciador del evolucionismo social, una diferencia específica acerca del papel –metafórico para aquel autor– del «organismo social», aspecto que para estos autores, por el contrario, era en sí una verdad concreta, es decir, creían que, en efecto, la sociedad era igual a un organismo vivo. Es interesante anotar que Spencer, aunque considerado como organicista, logra proponer desde su individualismo, propio de la lectura de autores del liberalismo clásico como John Stuart Mill, ciertas diferencias entre la forma como proceden los organismos vivos y sus partes, y la manera como la sociedad funciona en relación con sus integrantes:

- En un organismo las partes forman un todo concreto, y en una sociedad las partes son libres y están más o menos dispersas.
- En un organismo la conciencia se concreta en una pequeña parte del agregado, y en una sociedad está difundida por todos los miembros individuales.
- En un organismo las partes existen para beneficio del todo, y en una sociedad el todo existe sólo para beneficio del individuo.

Para dicho autor, estas aclaraciones permiten evidenciar la fusión que existe entre el organicismo –que en caso extremo puede llevar a un comunitarismo o a un sociologismo–, y el individualismo –que le consiente explicar, tanto desde lo sociológico como desde lo político y lo educativo–, el funcionamiento de lo social y la acción protagónica del individuo, basada en la competencia del más fuerte en tanto condición para el progreso social.

<sup>29</sup> El evolucionismo económico de Achille Loria (1857-1953) sustenta la tesis de que la disminución gradual de la tierra libre (tierra de la que aún no se ha apropiado nadie), es el factor básico del desarrollo evolutivo social.

<sup>30</sup> Aquí se trata del evolucionismo tecnológico de Thorstein Veblen (1857-1929), en el que la evolución social es esencialmente un proceso de adaptación mental de los individuos bajo la presión de circunstancias en las que ya no se toleran los hábitos formados con anterioridad.

<sup>31</sup> El evolucionismo demográfico, desarrollado por Adolphe Coste (1842-1901), plantea que un solo factor determina la evolución de la sociedad: la creciente densidad de la población reflejada en los tipos de aglomeraciones humanas.

En el ámbito político, el principio de la no intervención parece ser la consigna central de Spencer<sup>32</sup>, consigna propia del liberalismo en sus planteamientos más clásicos y neoliberales. Para este autor, la naturaleza está dotada de una tendencia providencial que le permite librarse de los menos capaces y acoger a los mejor dotados. Pero, ¿quiénes son los mejor dotados? Spencer plantea que no son los seres superiores desde el punto de vista moral, sino, ante todo, los más sanos y los más inteligentes, idea esta que recuerda los argumentos de Smith y de Ricardo acerca del nacionalismo y del individualismo metodológico. Sobre el particular opina Spencer: «El que malgasta la vida por estupidez, por vicio o por holganza, es de la misma clase que las víctimas de enfermedades o de deformaciones de los miembros. En realidad, los enfermos y los lisiados no debieran ser protegidos» (Spencer, en Timasheff, 1977, p. 61). De esta forma, Spencer resuelve la pregunta clásica, a escala política, de la relación entre el hombre y la sociedad, de acuerdo con un individualismo extremo: «el individuo es lo fundamental; la sociedad no debe interferirse en la vida de los hombres; el individuo tiene que actuar, y, al actuar, hará lo mejor para él y para la sociedad» (Spencer, en Timasheff, 1977, p. 61). Si el individuo es el centro de lo político, entonces la sociedad sólo puede entenderse como una compañía por acciones para la mutua protección de las personas concretas.

Tales postulados políticos, provenientes de su mirada sociológico-evolucionista, están integrados a sus ideas pedagógicas, las cuales giran en torno a un cierto *laissez faire* educativo. Spencer, en su texto *Ensayos sobre pedagogía*, sostiene que mejor que el buen gobierno es el autogobierno. Como plantea Chiappe: «esto se deduce de sus tesis de que el desarrollo de las facultades del hombre, a medida que se aleja de la etapa predatoria, lo lleva a adquirir un sentido de la justicia social que lo hace actuar como debe hacerlo, haciendo innecesaria cualquier acción regulatoria» (Chiappe, 1983, p. 6).

En el campo educativo, Spencer enfatizará entonces su idea de la no intervención del aparato estatal como regulador de la acción educativa, y defenderá el concepto de educación privada impartida bajo la responsabilidad del libre criterio de grupos de ciudadanos particulares. Dicha educación, influida por la mirada evolucionista, giraría en torno a los siguientes principios pedagógicos<sup>33</sup>:

<sup>32</sup> Spencer, 1984.

<sup>33</sup> Chiappe, 1983, p. 9.

- En materia de educación, se debe proceder de lo simple a lo complejo, y de lo empírico a lo racional.
- Todo proceso educativo debe propiciar el autodesarrollo del individuo: la habilidad, la inteligencia y la capacidad de adaptación a situaciones generadas por efecto de la innovación tecnológica, planteadas con claridad como cualidades de los más aptos para sobrevivir.
- Los currículos deben referirse de manera muy especial a las futuras actividades del individuo, en su calidad de ciudadano y de trabajador.

Estos postulados pedagógicos tuvieron gran circulación en el contexto mundial. Sin embargo, fue sobre todo en Estados Unidos y en Gran Bretaña donde con mayor fuerza se apropiaron de las ideas spencerianas hasta casi la tercera década del siglo XX, contexto histórico, geográfico y social en el cual las apuestas de futuro se dieron como implementación del sistema económico y político capitalista, con la colaboración de saberes modernos, que, como el evolucionismo social, habrían de permitir legitimar las nuevas prácticas y las nuevas representaciones sociales que configurarían lo que Max Weber había definido como «espíritu capitalista»<sup>34</sup>. El propio Spencer consideraba que la realización de dicha evolución no era siempre accesible a todas las manifestaciones colectivas e individuales del ser humano, y, por ello, expuso la existencia de ciertas perturbaciones que alterarían la línea recta de la evolución<sup>35</sup>:

- Una diferencia originaria de aptitudes entre las razas.
- El efecto debido al influjo de la etapa inmediatamente anterior de la evolución.
- Peculiaridades de costumbres.
- La situación de una sociedad dada, en el marco de una comunidad más amplia de sociedades.
- La influencia de la mezcla de razas.

<sup>34</sup> Weber, 1994.

<sup>35</sup> Timasheff, 1977, p. 59.

Así pues, la sociobiología especulativa en Colombia se apropia de la ley de la evolución de Spencer, y adopta como referentes para la explicación de la situación de nuestro país los principios de selección natural y de lucha del más fuerte<sup>36</sup>. Sin embargo, este pensamiento no logra ser del todo consecuente con las ideas del mismo Spencer, al menos no en lo que tiene que ver con el individualismo y con la primacía en el contexto social de la ley de la supervivencia del más fuerte, porque, como exponen los autores que defienden dicha postura, el Estado debía intervenir en la regeneración de la raza. De ahí, por ejemplo, las propuestas de la escuela del examen y de la escuela defensiva, las cuales van en contravía del principio spenceriano de la no intervención estatal en cuestiones de educación y de salud pública. Para ello debemos recordar nuevamente aquí las palabras *in extenso* de Bernal Jiménez, uno de los intelectuales que se apropió de este pensamiento: «La educación debe ser primordialmente defensiva, y luego constructiva. El problema de la defensa de la vida, que es individual y social, no se ha presentado con la misma rudeza a todas las agrupaciones humanas, porque los medios físicos han sido desigualmente propicios para la existencia del hombre, y porque los componentes hereditarios de un determinado pueblo le han llevado también un desigual aporte de energías o de predisposiciones morbosas.

Por ello, para la educación no pueden ser indiferentes estas desiguales circunstancias de peligrosidad para la vida humana. La educación debe acentuar su acción defensiva, es decir, debe suministrar mayores elementos de resistencia a aquellos individuos a quienes el medio físico y la herencia acechan en forma más tenaz y permanente.

Tal es el caso de Colombia, donde a la acción agobiadora del trópico se unen las dolencias propias de éste, la deprimente ausencia de las estaciones y la inclinación inveterada del pueblo a la bebida, triste patrimonio de una raza enferma» (Bernal Jiménez, 1949, p. 183).

Así pues, para el caso de nuestro país, la formación de hábitos morales e higiénicos en las masas será un objetivo de las estrategias educativas y escolares basadas en una apropiación particular del evolucionismo social y en la sociobiología especulativa. La pregunta central que se formula acerca de estas preocupaciones educativas, acerca de

---

<sup>36</sup> Jiménez López, 1948.

cómo se educa al yo y se combate la degeneración, tendrá como respuesta: por medio de prácticas de obediencia, de disciplina, de autocontrol, y por medio de ejercicios intelectuales y físicos. Así, lo que se admitirá de pensadores como Spencer será la importancia que tienen tales prácticas en la educación, en la instrucción y en la práctica de civilizar al ser humano (humanización), y en el cuidado de niños y de jóvenes. Esta propuesta pedagógica se erigirá en torno al reconocimiento de que, para ser maestro, para educar a los niños, para atender las escuelas, es preciso preocuparse por formar, por cuidar, por construir o por educar el yo, es decir, a la persona en una forma total: cuerpo, alma, sentidos, mente, corazón y sentimientos.

Muchas de las ideas del evolucionismo social llegaron a nuestro país en un período comprendido, más o menos, entre 1860 y 1934. En Colombia el evolucionismo social se perfiló, entonces, como una de las principales fuentes de argumentos y de explicaciones de las que se apropiaron los autores de la degeneración de la raza para la configuración de sus imaginarios sociales y de sus políticas racistas, elitistas, clasistas, etc. Con todo ello se buscaba confirmar, además, que, como anota López de Mesa, la «teoría de que la humanidad, por la acción genial de unos cuantos conductores, tiene su parte de verdad [...], la democracia bien entendida es un sistema de selección que conduce a hacer posible la actuación de los más capaces. Es, pues, el verdadero conductor de pueblos un producto de selección que encarna las tendencias de su raza y las impulsa por sus dotes geniales» (López de Mesa, 1915, p. 304). Pasemos ahora a ver algunos de los planteamientos básicos de los autores de la degeneración de la raza.

### 3. ESTRATEGIAS EUGENÉSICAS DE LÍNEA DURA Y DE LÍNEA BLANDA

Para el médico conservador Miguel Jiménez López, para su sobrino Rafael Bernal Jiménez, y para liberales como Luis López de Mesa y Calixto Torres Umaña, el asunto de la degeneración de la raza se encontraba muy influido por condiciones genéticas y geográficas que hacían de nuestros nacionales una versión deformada de los ideales estéticos, intelectuales y morales de los pueblos europeos y anglosajones. Acerca de esto opinaba Bernal Jiménez: «Nosotros hemos tenido la peregrina pretensión de edificar el progreso espiritual y material de una nación sobre la base de un núcleo humano orgánicamente debilitado, y

esto no podía llevarnos sino a un absoluto fracaso; el fracaso de los pocos ideales de cultura que hayamos podido acariciar. Jamás un pueblo, atacado en las fuentes mismas de su vida, podrá producir una cultura siquiera sea precaria o mediocre. Es necesario ir primero a vigorizar las resistencias orgánicas. Sin esta labor previa de saneamiento, todas las demás manifestaciones de la vida nacional continuarán siendo, como hasta ahora, agitaciones de una impotencia colectiva» (Bernal Jiménez, 1949, p. 184). Del diagnóstico pesimista sobre el estado del pueblo colombiano de principios del siglo XX parten entonces diferentes formas de intervención social, médica y pedagógica<sup>37</sup> tendientes a la regeneración racial, y están ligadas, por supuesto, a una concepción eugenésica de fondo.

Así, la apropiación que los intelectuales colombianos hicieron de las ideas evolucionistas y del progreso encontró su marco de referencia en el llamado movimiento eugenésico latinoamericano<sup>38</sup>, que se concentró, por el lado argentino, en el «blanqueamiento» de la población, o sea, en el cambio progresivo de la raza nativa por los fenotipos europeos a través de la inmigración de extranjeros, y, por el lado brasileño, en el

<sup>37</sup> Un aspecto ejemplar en intervención pedagógica fue la experiencia realizada en el departamento de Boyacá de 1925 a 1930. Liderada por Rafael Bernal Jiménez, sobrino de Miguel Jiménez López, y para ese entonces Director de Instrucción Pública de esa circunscripción política y administrativa, la reforma educativa estaba encaminada hacia una serie de mejoras *de y mediante* la educación. Dentro de sus pretensiones fundamentales, se encontraban la de combatir los problemas de pobreza material y espiritual, y la de la debilidad física de los alumnos. En eso un punto muy importante lo marcó la higiene escolar, y, junto con ella, el establecimiento de los restaurantes y de los médicos escolares (Helg, 1987, pp. 122 y ss.). En un «mensaje al magisterio nacional», Bernal Jiménez esboza los temas del programa que habrán de ser tratados para mejorar la educación y para dignificar la labor del maestro. En el tercer lugar de la agenda aparecen «la escuela y la nacionalidad», y, como parte también de él, está el numeral acerca de «la escuela colombiana frente a los problemas de la raza, del medio físico peculiar y de la edad histórica de nuestra nacionalidad». En cuarto lugar figura «el problema de la higiene y de la vigorización de la raza». Como primer punto por tratar dentro de esta temática está el de la «escuela defensiva». Preguntas planteadas aquí son: «¿Qué debe hacer la escuela para la vigorización de la raza?», «¿cómo podría desarrollarse una intensa campaña a favor del aseo popular y del mejoramiento de las condiciones higiénicas de las masas: la alimentación, el vestido, las costumbres?». Como segundo punto por tratar dentro de esta temática estaría «la colaboración del médico en la acción educativa y defensiva de la escuela», y, como tercero y como cuarto puntos de esta temática se encuentran «Educación y campañas antialcohólicas» y «Educación física» (Bernal Jiménez, 1949, pp. 64, 65 y 66; y 181 y ss.; y Sáenz, Saldarriaga y Ospina, 1997).

<sup>38</sup> Noguera, 2003, p. 25.

estudio de las condiciones socioculturales, entre ellas la educación<sup>39</sup>, que eran susceptibles de ser transformadas y mejoradas, con su consecuente impacto en la «evolución» positiva de los nacionales. Estas dos posturas han sido denominadas en el ámbito mundial como la línea dura de la genética, o postura mendeliana, característica de países como Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos (contextos de influencia de las ideas spencerianas), y la línea genética blanda, o postura neolamarckiana<sup>40</sup>, característica de países latinoamericanos como Brasil y Cuba. Ambas posturas tuvieron también su espacio en nuestro país; una muestra fehaciente de ello fue precisamente el debate suscitado en torno a la degeneración de la raza.

### 3.1 LA VISIÓN EUGENÉSICA DE MIGUEL JIMÉNEZ LÓPEZ: ENTRE INMIGRACIÓN Y EDUCACIÓN

La tesis de Miguel Jiménez López, que posteriormente influyó también de una manera notable sobre la de su sobrino Rafael Bernal Jiménez, era la de que los colombianos se encontraban pasando por un proceso de degeneración colectiva, que debía llevar a los intelectuales de la época a repensar el asunto de la raza en términos de progreso o de degeneración. «Sabido, como es, que en los países latinoamericanos la mayor parte de la población, al menos en las regiones centrales, es un producto del cruce entre los colonizadores españoles y las razas aborígenes, cabe preguntar: ¿Ha sido esto lo que se llama en biología un cruzamiento feliz desde el punto de vista de los atributos físicos? Todo induce a contestar por la negativa, dados los caracteres originarios de las razas progenitoras. Nuestro país presenta signos indudables de una degeneración colectiva; degeneración física, intelectual y moral» (Jiménez López, 1920, pp. 4-9).

<sup>39</sup> Recientemente, Peter Sloterdijk, en su libro *Regeln für den Menschenpark. Ein Antwortschreiben zu Heideggers Brief* (1999), revivió polémicamente el debate sobre los aspectos eugenésicos implícitos o que están detrás del Humanismo. Humanizarse fue adentrarse en las letras, crear una sociedad literaria selecta, que hoy en día se ha vuelto cuestionable en su procedimiento de formación erudita y escolástica, pero cuya pretensión sigue estando viva como «desalvajamiento» y domesticación del hombre por medios artificiales, es decir, antropotécnicos o eugenésicos.

<sup>40</sup> Recordemos que Lamarck (1744-1829) adjudicaba a los organismos un instinto o un impulso hacia el perfeccionamiento, que siempre tendía hacia la consolidación de estructuras cada vez más complejas. La evolución, en este caso, se da como realización de las exigencias de adaptación al entorno. Los comportamientos adaptativos actúan entonces como condicionantes del cambio corporal y orgánico de los seres.

Para este autor, la mezcla racial entre los españoles, colonizadores, aventureros e inmorales, y los indígenas, degenerados por naturaleza, daba como resultado una raza mestiza cada vez más decadente. De ahí que, para Jiménez López, el problema de la decadencia de nuestro país fuera más hondo: no solamente desde el punto de vista económico, psicológico o educacional, sino, ante todo, desde la perspectiva *biológica*<sup>41</sup>. En ese sentido, las apreciaciones de Jiménez López no estaban muy alejadas de las de Lombroso –al que considera que fue quien estableció la doctrina de la degeneración en cuanto a los procesos de degeneración–, con la salvedad de que tales reversiones físicas (anatómicas, fisiológicas y patológicas), o «regresiones vitales» (Jiménez López), parecieran amenazar a la población en general, y estar en el seno mismo de nuestras razas: «Todos los signos psicológicos sumariamente apuntados hasta aquí, y tantos más que dejo al estudio de otros investigadores, son tan constantes en nuestra población, y existen en ella de manera tan profusa, que pueden considerarse como caracteres generales. Son ellos, a no dudar, la expresión de un cociente intelectual y moral aminorado, no sólo con respecto a otros medios sociales, sino también en relación a nuestro propio medio en épocas anteriores. Estos rasgos de carácter psicológico, sumados a los signos orgánicos y funcionales examinados en la primera parte de este estudio, son, a mi ver, base suficiente para admitir que –colectivamente–, *los habitantes de esta zona somos el eslabón de un proceso degenerativo que viene elaborándose de tiempo atrás*<sup>42</sup>» (Jiménez López, 1920, p. 32).

Cuando Miguel Jiménez López presentó en el Tercer Congreso Nacional de Médicos su ponencia titulada *Nuestras razas decaen. El deber actual de la ciencia*, su preocupación estaba centrada en la decadencia de la raza colombiana, vista no sólo desde el prisma de lo físico, sino también de lo psíquico. La inferioridad fisiológica y mental del pueblo colombiano era el producto de un defectuoso e inadecuado proceso de hibridación y de mestizaje, que se podía percibir en la pequeña estatura de nuestros compatriotas comparada con la de la mayoría de los europeos; en la mala nutrición, la sífilis, el alcoholismo y la belicosidad; en los comportamientos inmorales, la criminalidad, la prostitución infantil, el sectarismo y el fanatismo políticos; en la poca actividad intelectual, la baja producción de ideas, el carácter imitativo predominante; en la falta de ejercicio corporal y en las deficiencias

<sup>41</sup> Jiménez López, 1920, p. 37.

<sup>42</sup> La cursiva es nuestra.

físicas, entre otros; factores estos que eran los que, de manera comparativa, daban cuenta de una degeneración de la raza, y específicamente del pueblo<sup>43</sup>. Jiménez López habla entonces de una degeneración física manifestada a través de distintos signos anatómicos, fisiológicos y patológicos, y de una degeneración psíquica, a las cuales les atribuye causas de distinto orden, que van desde la alimentación y el clima hasta circunstancias como la higiene y la miseria.

Jiménez López es radical en lo que se refiere a los procesos de degeneración y de atraso constante, pues, desde su punto de vista, no se podía hablar simplemente de estancamiento o de algo parecido. Anclado a la lógica de la evolución y del progreso, para este autor todo estancamiento era ya de por sí un atraso con respecto a quienes *sí* estaban en permanente desarrollo, ya que, según él, la ley de la regresión era implacable, y la posición histórica de una colectividad está siempre en relación con la evolución de las demás<sup>44</sup>. Lo particular de todo lo anterior es el papel recurrente que entran a jugar los parámetros europeos acerca del «hombre normal» como referentes guías —«como promedio de la especie humana» (Jiménez López, 1920, p. 12)—, y como criterios para determinar qué es lo degenerado y qué es lo que no. Se habla entonces, frente a la altura y al peso corporales, de lo alto y de lo robusto como de lo mejor, y, por tanto, como índices de lo desarrollado, de lo saludable y de lo normal. Además de la degeneración, entendida como desviación enfermiza de un tipo primitivo<sup>45</sup>, se habla de otras degeneraciones

<sup>43</sup> Como forma de contrarrestar y de neutralizar las taras de nuestras razas y de detener el proceso de moralidad decreciente, Jiménez López hizo la propuesta de fomentar la inmigración con miras al mestizaje. Así, «el más deseable para regenerar nuestra población es un producto que reúna, en lo posible, estas condiciones: raza blanca, talla y peso un poco superiores al término medio entre nosotros; dolicocefalo; de proporciones corporales armónicas; que en él domine un ángulo facial de ochenta y dos grados, aproximadamente; de facciones proporcionadas para neutralizar nuestras tendencias al prognatismo y al excesivo desarrollo de los huesos maxilares; temperamento sanguíneo-nervioso, que es especialmente apto para habitar las alturas y las localidades tórridas; de reconocidas dotes prácticas; metódico para las diferentes actividades; apto en trabajos manuales; de un gran desarrollo en su poder voluntario; poco emotivo; poco refinado; de viejos hábitos de trabajo; templado en sus arranques, por una larga disciplina de gobierno y de moral; raza en la que el hogar y la institución de la familia conserven una organización sólida y respetada; apta y fuerte para la agricultura; sobria, económica y sufrida, y constante en sus empresas» (Jiménez López, 1920, pp. 38-39).

<sup>44</sup> Jiménez López, 1920a, p. 44.

<sup>45</sup> Este es uno de los puntos más problemáticos de las teorías sobre el determinismo racial y sobre la degeneración, pues proceden en nombre de un «origen primitivo puro», que es tan difícil de sustentar como muchas de las mismas afirmaciones estereotipadas sobre los grupos considerados decadentes.

reproducidas a través del mito –hoy en día adjudicado a los denominados latinos–, de la emotividad excesiva y de la sexualidad desenfrenada, en tanto muestras patológicas de un «hipofuncionamiento tiroideo» (Jiménez López, 1920, p. 19).

Como terapéutica a los problemas físicos y psíquicos mencionados, Miguel Jiménez López propuso que las acciones estuvieran dirigidas hacia el fortalecimiento de la alimentación, de la higiene pública, de los ejercicios corporales, de la regulación y la reglamentación de la labor de las clases trabajadoras, de la cultura y de la educación corporales, de las luchas antialcohólicas, y de las medidas contra los vagos, los desocupados y los parásitos sociales<sup>46</sup>. Como complemento a la enseñanza de la higiene en las escuelas y al incremento de los ejercicios corporales, Jiménez López estuvo también a favor de la inmigración de europeos y de norteamericanos, asunto que vio como la principal estrategia eugenésica. Así lo sostenía: «La inmigración de sangre blanca, bien escogida y reglamentada como debe hacerse, es para los países en desarrollo un elemento incomparable de población, de progreso, de producción y de estabilidad política y social. Una corriente de inmigración europea suficientemente numerosa iría ahogando poco a poco la sangre aborigen y la sangre negra, que son, en opinión de los sociólogos que nos han estudiado, un elemento permanente de atraso y de regresión en nuestro continente» (Jiménez López, 1920a, pp. 74-75). Ante la inevitable decadencia y degeneración de la raza, dada en términos biológicos, la solución sólo podía ser la inmigración de europeos blancos y el rejuvenecimiento con «sangre fresca» (Jiménez López). Dicho con otras palabras: en la medida en la que el mal estaba ya en el cuerpo, en el *bios*, las soluciones no podían ser *simplemente sociales* (educación, higiene, lucha contra la miseria, protecciones laborales, mejoramiento de las condiciones sociales de vida, etc.). Por ello, Jiménez López ve entonces en la inmigración el asunto principal contra la degeneración de la raza en Colombia. Al igual que sucede con López de Mesa, aquí salta a la vista una «ideología» proinmigratoria basada en los saberes modernos (medicina, psicología, antropología, craneometría, etc.) y en ciertos estereotipos raciales, y muy ligada a una biopolítica y a una eugenesia de la población.

Como se puede inferir, con Jiménez López el cuerpo, gracias a su fuerza de trabajo, a sus capacidades motrices y a su carácter funcional, se convierte en una pieza indispensable para el progreso de este país que

<sup>46</sup> Jiménez López, 1920, p. 26.

comenzaba su proceso de modernización. A la luz de su mirada médico-moralista, el cuerpo aparece como el signo más fehaciente, bien de la decadencia, bien del progreso de la población. En la sección dedicada a la terapéutica de su escrito *Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares*, Jiménez López propone entonces que hay que hacer una «revisión completa del plan educacional de nuestro país, de modo de dar a la cultura física toda su importancia desde la primera edad; de evitar la fatiga escolar y de ir formando en el educando –de uno y otro sexo– una voluntad firme y personal» (Jiménez López, 1920, p. 35). Pero ya desde 1916, en un artículo titulado «La enseñanza teórica y la enseñanza práctica. Primera parte», publicado en la revista *Cultura*, Jiménez López se manifestaba a favor de una educación moderna que avanzara más allá de la educación intelectualista. Aquella educación, por oposición a esta última, comenzaba por el reconocimiento de la parte práctica, corporal y manipuladora<sup>47</sup> como base indispensable de la formación educativa. Crítico con la educación verbalista y teórica, centrada en el libro y en la memoria, Jiménez López consideraba de una manera radical los resultados de este tipo de educación como ineficaces: «Lo que se aprende por medio de la sola memoria no se asimila, no adquiere una vinculación sólida con la mente del alumno, está destinado a olvidarse pronto y a olvidarse del todo» (Jiménez López, 1916, p. 12). En su mente tenía este autor un «hombre de acción», y no una «máquina verbal». Decía entonces: «La acción [...] he aquí la palabra final: ella es el principio, el medio y el fin en la existencia; merced a ella llegamos a ser hombres, y solamente por ella la vida da la pena de vivirse» (Jiménez López, 1917b, p. 324).

De allí que la educación tuviera que ser, por excelencia y ante todo, práctica, es decir, una educación corporal y física<sup>48</sup>. Una de las

<sup>47</sup> Jiménez López, 1916, p. 9; 1917; 1917a.

<sup>48</sup> El concepto de «educación física», en Jiménez López, tiene un doble sentido, a saber: uno general y otro que él denomina «escolar» (Jiménez López, 1928, p. 234). «La educación física, en su sentido más general, abarca todos aquellos conocimientos y cuidados que tienen como fin el total y perfecto desarrollo orgánico. Así es que debe comprender, desde los principios de la puericultura antes del nacimiento y aun antes de la procreación, hasta las reglas para la adquisición de las destrezas manuales y sensoriales más elevadas. En ella tiene cabida [...] todo lo que dice relación con el alimento [...], con los preceptos que la Higiene dicta [...], con el aseo personal y con las reglas profilácticas contra las enfermedades comunes en la infancia y en la juventud» (Jiménez López, 1928, p. 233). En su sentido amplio, la educación física abarcaría –para este autor– todo lo concerniente a la puericultura, a las manualidades, a la educación sensorial, a la dietética, a la higiene y el cuidado de la salud, a la educación muscular, a los deportes, a los ejercicios y actividades musculares ordenadas. Frente a este concepto amplio, dicho autor propone el de una educación física en sentido escolar, que tiene como preocupación «el buen desarrollo de los músculos y del esqueleto» (Jiménez López, 1928, p. 234), y que se basa fundamentalmente en el ejercicio.

definiciones que en aquella época circulaba por las instituciones educativas del país sobre la educación física era la siguiente: «hemos de anticipar que la educación física, en su sentido más general, abarca todos aquellos conocimientos y cuidados que tienen como fin el total y perfecto desarrollo orgánico». Este correcto desarrollo orgánico requería la formación de los sujetos en los campos de la salud, de la higiene y de la profilaxis, elementos considerados entonces de gran trascendencia, y que aún conservan su lugar de relevancia. Sobre el particular dice el autor: «el aseo personal y las reglas profilácticas contra las enfermedades comunes en la infancia y en la juventud son, así mismo, un capítulo muy importante de la educación física». De tal manera, y como propósito de especial relevancia de esa educación práctica o de esa educación para la acción, estaría el fomento de una cultura –educación– física, entendida como educación del cuerpo en general, ya que con ella, según Jiménez López, se estaría dando inicio, desde muy temprano, a una formación de la personalidad en tanto voluntad disciplinada y autónoma que se ejercita en la acción.

Para Jiménez López, en la base de la educación de la niñez existe un aspecto que hay que reivindicar, y que es el siguiente: el movimiento o la actividad intensa como condiciones de la naturaleza de esta etapa. Una vez promovidas esas condiciones, se podría gestar en el infante un correcto desarrollo de la locomoción y de las funciones nutritivas, aspectos claves para la construcción de una complejidad fuerte y funcional en el hombre moderno. En sus propias palabras, sería: «el estado habitual de todo animal en desarrollo es el movimiento. La actividad incesante y la exuberancia muscular que caracterizan la primera época de la vida en todas las especies, dejan ver que la naturaleza se propone, en este período, obtener un desarrollo intenso de los órganos de locomoción y de las grandes funciones nutritivas» (Jiménez López, 1928, p. 226). Y, según esto, más adelante expone: «el hombre no es una excepción a esta regla. La infancia, la adolescencia y la juventud, son edades que reclaman imperiosamente la actividad física como medio normal de desarrollo de los diversos sistemas orgánicos» (Jiménez López, 1928, p. 226).

Así pues, la educación higienista y la educación del cuerpo –el fomento de una cultura corporal– se constituyeron como dos pilares importantes para una formación moral y cívica de la población. Mediante ellas, se transmitieron ciertas formas de *disciplinamiento* que fueron propicias para la regulación de la vida privada y de la pública, en concordancia con los modelos de la civilización occidental. Como sostiene

ne Jiménez López, «si muchas veces se cree hallar causas distintas de ésta [de la vida escolar] a la debilidad creciente de las generaciones nuevas, es porque se quiere perder de vista el más poderoso factor de degeneración: el abandono de la educación física» (Jiménez López, 1928, p. 228). Para este pensador, y en concordancia con lo ya expuesto, la educación física debía ser el centro de la formación de la infancia, restándole intensidad a la educación intelectual –válida y deseada–, pero sólo posible en su idealidad desde la base de un desarrollo físico adecuado. De ahí que, para él, «la educación física [debía] ocupar, durante la infancia, un margen más amplio que la cultura mental» (Jiménez López, 1928, p. 241).

Este autor plantea, así, la implementación de diferentes ejercicios destinados a los infantes, que habrían de permitirles, por un lado, formar el cuerpo para los oficios propios del mundo moderno, y, por otro, interiorizar los valores del espíritu capitalista. Estos ejercicios consisten en: ejercicios de orden, que son aquellos en los que los niños, dentro de su formación, ejecutan simultáneamente diversos movimientos naturales, tales como marchas de ritmo variable, que, en conjunto, son conocidos como de introducción a la educación militar; ejercicios nutritivos, que son los que pretenden activar las principales funciones vitales a partir de movimientos respiratorios metódicos; ejercicios educativos de los órganos locomotores, cuyo cometido es hacer entrar en juego la mayor cantidad de grupos musculares, para que, a través de ellos, se pueda buscar el logro de un desarrollo corporal simétrico; ejercicios de destreza, que son aquellos en los que ya se hacen intervenir ciertas maniobras de precisión, determinadas actitudes de equilibrio, y algunos movimientos que deben vencer dificultades graduadas, lo cual permite la formación del sujeto en cuanto a obtención de habilidades de coordinación y de ubicación.

En conclusión, para Jiménez López, la inmigración de razas, sobre todo de las blancas, y la promoción de una cultura y de una educación del cuerpo, se constituyeron como dos de los pilares fundamentales para la posible implementación de estrategias eugenésicas que se pudieran aplicar al pueblo colombiano. Es decir, que en este autor se encuentran las dos tendencias eugenésicas anteriormente mencionadas: la de línea dura, en sus políticas de inmigración, y la de línea blanda, en sus ideas sobre la educación física.

### 3.2 LUIS LÓPEZ DE MESA: DEL PRINCIPIO DE ACCIÓN ORGANIZADA A LA CULTURA SELECTA

López de Mesa, junto con los también liberales Jorge Bejarano y Lucas Caballero, participó en el movimiento eugenésico promovido por Jiménez López. Frente a este último, López de Mesa no tenía una visión tan pesimista del pueblo colombiano en cuestiones de herencia racial, pero sí una impresión trágica. En ese sentido, lo que llama la atención y lo que hace evidente la marca de la ideología del progreso, es la concepción de la condición humana como algo incompleto, asociada al destino trágico de nuestros pueblos. Eso quiere decir que, en tanto ser biocultural, el ser humano aparece ahora como alguien que no está determinado única y exclusivamente por la «historicidad» del mundo de la naturaleza –por el enigma de la vida<sup>49</sup>–, sino también por la historicidad del mundo de la cultura y de lo social (por la tradición). De ahí que nuestros pueblos, obedeciendo a ese destino adverso, y marcados por el signo de la debilidad y de la imperfección, sólo puedan aspirar a superarse, según López de Mesa, mediante un esfuerzo heroico, a través de un *titanismo* individual (a la manera en que lo exponía Goethe) y colectivo que los lleve a destacarse en el momento histórico de la humanidad que les competa. Así pues, «la humanidad es una planta cultivable, de la cual podemos obtener flores y frutos muy variados; y nos conducen a prever las condiciones propicias a su cultivo más adecuado y eficaz, sobre todo en los países jóvenes, que aún contemplan cruzamientos raciales y el incremento de población en variados climas» (López de Mesa, 1926, p. 67).

En su obra *De cómo se ha formado la nación colombiana*, López de Mesa le atribuía al hombre blanco un carácter racional, en contraste con el carácter espontáneo, emocional y superficial del mulato. Durante todo el recorrido que hace por este escrito, el autor que comentamos se dedica a presentar lo que él considera como virtudes y falencias de las sociedades latinoamericanas. En él, el racismo y el clasismo se conjugan cuando se adjudican a los sectores populares la «melancolía enfermiza» y la «pereza» como aspectos que no sólo dan cuenta de su constitución heredada, sino que, además, ratifican –«naturalizan»– la pobreza y la falta de iniciativa para el progreso, para «salir adelante». Los rasgos

<sup>49</sup> Para López de Mesa, «abrir una brecha infinita entre funciones vitales y espíritu, es prejuizar reconocido el límite en donde las unas acaban y empieza el otro, contra la experiencia conturbadora, que nos está diciendo lo inextricable de este fenómeno» (López de Mesa, 1970, p. 131).

genéticos y culturales de la raza latinoamericana se manifiestan, según este autor, en una población mentirosa, ladrona y de carácter volátil. Pero es sobre todo lo heredado de los indígenas lo que obstaculiza la evolución y el desarrollo del país como parte de su cometido histórico. Con todo lo dicho, las afirmaciones de corte eugenésico no se dejan esperar: así pues, «al plantear este magno problema, al analizar desde ahora los elementos antropogeográficos, los "factores ecéticos" [...], obedecemos a la función primordial de la inteligencia humana, que es la de prever para vencer, la de concebir un plan estratégico de lucha. La política de los Estados, la educación especialmente, la orientación económica, la selección de la progenie en parte y la constitución de estados mayores culturales, en algo siquiera, se imponen ineluctablemente» (López de Mesa, 1970, p. 165). En López de Mesa se configura así una concepción de raza ya no sólo en términos biológicos, sino también en términos culturales, es decir, como espíritu y como nacionalidad. En ese sentido, para él no había propiamente degeneración, sino peligros que eran provenientes, de manera específica, de un exterior. Insistiendo sobre tal idea, sostenía: «La evolución de las ciencias, el comercio, las industrias y artes menores, nos permite esclarecer muchos temas abstrusos: la detención del progreso en ciertas etapas, que obedece a condiciones externas a veces, a cambio de clima, a invasión de otros pueblos, a desviación de las rutas comerciales, o a incidentes íntimos, como mala distribución de la riqueza, mala organización del trabajo, endemias o epidemias y revoluciones, puede también adscribirse, en algunos casos, a una limitación temporal de la potencia psíquica de los humanos en ese período, con fatiga o con agotamiento de los recursos mentales» (López de Mesa, 1970, pp. 26-27).

López de Mesa, vocero y defensor de esos discursos modernistas, desarrollistas y perfeccionistas, si bien no compartía con Miguel Jiménez López la tesis radical acerca del proceso de degeneración de la raza, sí tenía una idea escéptica frente a esta última, sin con ello querer decir que dicha situación estuviera por fuera de una solución racional. López de Mesa partía de un estado de imperfección del pueblo colombiano que era susceptible de ser mejorado. Sus apreciaciones estaban basadas en los aportes de los saberes modernos, tales como la biología, la psicología, la fisiología, la higiene, el evolucionismo, y tenían como imágenes referenciales las instituciones modernas, los discursos sobre la renovación racial y nacional del país, y los conocimientos de las ciencias modernas. Frente a este supuesto estado de depravación social y de anomalía étnico-cultural, la sociedad debía buscar, según este autor,

todos los medios posibles para superar su estado de imperfección y para mejorarse. En ese sentido, una de las ideas de corte eugenésico era la del cultivo de los mejor dotados. Así, dice: «De todo esto se desprende que hay necesidad imperativa de establecer una selección del genio. Una selección que comprenda la contribución que a él deba aportar la familia, ensanchando un poco la procreación de los más aptos, y limitando –a esta pseudoimoralidad llegaremos muy pronto– la reproducción de los desechos sociales, que crece y crece ante el malthusianismo de los mejor dotados, de una manera que conduciría fatalmente a una catástrofe de la especie humana, si no hubiera, como sí lo hay, un instinto social de previsión. En lo antiguo, el hombre selecto podía reproducirse más. En los tiempos actuales la balanza ha cambiado, y es el indeseable el que más se reproduce por falta de control, de orgullo de su ‘standard’ de vida y de moralidad» (López de Mesa, 1926, pp. 114-115). Junto con la selección de los «mejor dotados» o del genio –como él la denominara–, para evitar que la cultura continuara desviándose había que mejorar también las instituciones, la educación, la milicia, los caminos y el sistema tributario. La «operación terapéutica debe organizarse en todos estos campos a la vez, pero armónicamente, según su índole y su propio alcance» (López de Mesa, 2000, p. 89). Así mismo, este autor estuvo a favor de que se crearan y se promovieran campañas de higiene, de buena alimentación, de buena salud, de educación. y de las que se emprendieran para luchar contra el alcoholismo y la criminalidad.

Como ya dijimos, se tenía claridad frente a la idea de que estos peligros no provenían del exterior, sino que se encontraban enquistados en la propia sociedad, y para ello había que tomar medidas –eugenésicas– drásticas<sup>50</sup>. Así lo sugería López de Mesa: «Nosotros tenemos la culpa de nuestros males, porque poseemos vicios de constitución y de educación que a ellos nos conducen, y que dentro de ellos nos sujetan» (López de Mesa, 1918, pp. 68-69). La propuesta de López de Mesa parte de que se deben propiciar las condiciones necesarias para poder contar con una población instruida, favorable a la innovación y al cambio, y capacitada para explotar las riquezas de la nación; por ello, se debe facilitar, además,

<sup>50</sup> En la *Civilización contemporánea*, los coqueteos de López de Mesa con apreciaciones de corte eugenésico se hacen evidentes, cuando dice, por ejemplo: «Un cultivo de la familia, no sólo en su educación social, sino, también, en su vigor genético, es aceptable y conveniente; puede aun autorizar una vigilancia del Estado en cuanto a la salud de los cónyuges y el divorcio, cuando ocurra el disimulo engañoso de graves perturbaciones que hagan posible una nueva generación enferma» (López de Mesa, 1926, p. 110).

y como estrategia, la inmigración de extranjeros que ayuden a lograr tal objetivo<sup>51</sup>. Todo lo cual debe redundar, igualmente, en la implantación de estrategias eugenésicas que utilicen la escuela como trampolín para cumplir sus propósitos. Para poder perfeccionarse como raza, el pueblo colombiano estaba llamado a someterse, así, a un Estado biocrático –en el sentido de Foucault y de López de Mesa<sup>52</sup>–, y a un conjunto de prácticas y de técnicas eugenésicas de selección, en las que también había cabida para la educación como práctica selectiva.

Si bien López de Mesa no se expresa de forma extensa y explícita en torno al papel del cuerpo y de la educación del cuerpo de cara a la situación de degeneración y de posible regeneración de la raza en Colombia, no obstante aventuramos aquí la hipótesis de que éste aparece con frecuencia como un punto de referencia muy importante, como un principio generador de sentido. Por ejemplo, López de Mesa sostenía que había que cultivar la actividad en el orden volitivo en función de la salud del cuerpo (deporte) y de la industriiosidad, y combatir así lo que él denominaba la «vagancia de funciones» (López de Mesa, 1970a, p. 22). Dentro de esta lógica, el objetivo era conseguir una satisfacción propia en el ejercicio sano de la vida: «El hombre europeo y el americano del Norte tienden a cultivar su actividad en el orden volitivo, en función industrial y deportiva, haciendo de las satisfacciones que el ejercicio sano de la vida trae consigo un objetivo supremo, absorbente de toda personalidad. La salud del individuo y de la raza, la personalidad vigorosa en aquéllos y de las nacionalidades en que esta otra se informa, la máxima felicidad espiritual y el máximo bienestar material, el equilibrio de nuestras funciones en el orden individual y social, todo ello, sin un punto menos, son aspiraciones sagradas que debemos presentar a la conciencia de los pueblos en que vivimos y actuamos. Todas estas adquisiciones se obtienen mediante la acción ordenada y tenaz» (López de Mesa, 1926, pp. 181-182).

<sup>51</sup> «Su democracia puede hacerle descuidar la prudente vigilancia de su constitución racial, y no atender a la inmigración como problema étnico y cultural, pues no debemos olvidar que las grandes civilizaciones son el producto de fusión de dos razas que se compenetran y fecundan en un medio propicio» (López de Mesa, 1926, p. 192).

<sup>52</sup> «También es un error llamar democracia al socialismo o al sovietismo. Es un abuso de etimologías y una mentira institucional. La corriente que engloba estas tendencias más o menos desordenadas pudiera llamarse sencillamente biocracia, el gobierno de la vida, el derecho a vivir, y a vivir lo mejor posible, que invocan las masas del proletariado universal. No es el derecho del trabajo contra el capital, no es el derecho del trabajador a su ganancia, sustancialmente es el grito de la vida que quiere vivir. Es la afirmación de la existencia en su conservación, en su recreo, en su procreación y en su perfeccionamiento» (López de Mesa, 1926, pp. 146-147).

Llama la atención, entonces, que, desde un punto de vista filosófico-ontológico —en nada ajeno, por ejemplo, a ciertas fundamentaciones de la educación activa, a la filosofía vitalista y a lo que el mismo autor denomina «culto por la acción»—, López de Mesa plantee una inquietud inicial como característica del conjunto de lo existente. En el principio de todo están el movimiento y la inquietud. Sin embargo, para López de Mesa dicha inquietud inicial necesita ser cultivada y orientada en «sanas direcciones», lo que quiere decir, ya en el campo de lo humano y de lo social, que hay que darle un orden y una dirección racionales. De ahí precisamente la diferencia entre acción y agitación. Insistiendo en la idea, López de Mesa sostiene: «En este momento histórico en el que la civilización industrial proclama el culto de la acción, es urgente distinguir ésta de una mera agitación desordenada» (López de Mesa, 1926, pp. 181-182). Así, continúa: «Entre acción y agitación hay un abismo. Es que la acción se rige por normas de constancia y de subordinación de fuerzas que le dan el triunfo» (López de Mesa, 1926, p. 184). Con todo esto, la acción organizada adquiere un carácter racional, teleológico y utilitarista. Por eso, en López de Mesa la acción legítima es aquella que obedece a un fin, que en el hombre ha de ser obedecer a un plan racional, al genio o al intelecto como principios organizadores. Así pues, el principio de la acción ordenada se debe manifestar en todo: en un cuerpo bien dispuesto, vigoroso, disciplinado<sup>53</sup>, autocontrolado y sano, en el espíritu racional, calculador y organizador, e, incluso, en las naciones<sup>54</sup>. En el libro *Nosotros*, este autor llega a proponer, con esa pretensión civilizatoria frente al cuerpo, la asistencia a escuelas para aprender «estilos elegantes de andar, de sentarse y de estar de pie»<sup>55</sup>. De allí también las connotaciones negativas del escepticismo y de la inacción, entendidos como «dos estados que se corresponden e igualmente apocan el espíritu hasta colocarlo en una depresiva inferioridad. Ante el enigma

<sup>53</sup> «El otro elemento de producción de esta desidia es el hábito: la carencia de una disciplina adecuada y de lo que hoy llamamos en lenguaje deportivo un 'entrenamiento', constituye fuente principal de nuestra dejadez y pereza de iniciativa» (López de Mesa, 1970a, p. 20).

<sup>54</sup> «Así como la existencia de los individuos sólo se justifica por el ejercicio de una función socialmente útil, la de las naciones está esencialmente condicionada por el cumplimiento de alguna misión cultural. La posición meramente vegetativa de individuos y de pueblos es hoy inadmisibles en la angustiosa estrechez de los recursos vitales de que dispone el mundo. Ha llegado la hora de imponernos ciertas normas de economía en la generación del hombre, que no sean las de atiborrar el planeta de seres inútiles, de millares de millones de organismos ociosos o estorbosos para la augusta génesis del espíritu» (López de Mesa, 1949, p. 125).

<sup>55</sup> López de Mesa, 2000, p. 52.

del universo y el dolor de la vida consciente, el hombre busca el refugio de los placeres, el silencio supremo de la muerte o la noble expansión de sus energías en algún empeño laudable: en la acción que afirma su personalidad, la eleva y la ennoblece» (López de Mesa, 1915a, p. 418).

En síntesis, en López de Mesa el cuerpo aparece como un criterio de distinción entre el orden y el desorden, entre lo degenerado y lo no degenerado, y entre lo culto y lo inculto. Además de sus apreciaciones como médico, que se encuentran muy ligadas al cuerpo, surgen también otras apreciaciones sobre la «cultura elevada», que muestran cómo el cuerpo está inmerso en esas ideas sobre lo culto y lo civilizado. El cuerpo se manifiesta, entonces, como un medio expresivo a partir del cual se presenta y se representa lo culto y lo avanzado. Actúa, por consiguiente, como un medio de distinción, y prueba de ello son las constantes referencias de este autor a ciertas formas de comportamiento, de presentación, de disposición y de trato hechos valiéndose del cuerpo. La belleza, el vigor, el control, la clase y la distinción del cuerpo, emergen así como una cuestión de elite.

### 3.3 EDUCACIÓN Y CAMBIO EN LAS CONDICIONES SOCIALES DE VIDA: ALFONSO CASTRO Y JORGE BEJARANO

159

Desde otra postura, los médicos Alfonso Castro<sup>56</sup> y Jorge Bejarano<sup>57</sup>, en sus debates en torno a la degeneración de la raza, defendieron la existencia de condiciones sociales y culturales que operaban como causales de dicha degeneración, sin ser con ello partidarios radicales de posturas deterministas en relación con los aspectos genéticos y geográficos. En el caso de los indios, por ejemplo, si su situación los hacía aparecer como miserables y cansados, era debido al largo proceso de explotación y de colonización. Alfonso Castro partía de los presupuestos de que la vida humana es modificable, y de que al hombre lo motivaba en todo momento la necesidad de un ascenso perpetuo. De ahí que, como consecuencia, sus propuestas, ubicadas en un punto medio de inquietud entre el pesimismo y el optimismo –denominado por Castro como *meliorismo*–, giraran en torno a la idea de

<sup>56</sup> Castro, 1915, 1915a. En la recopilación *Los problemas de la raza en Colombia* no hay escritos de dicho autor, pero se puede decir que estuvo al tanto de estos asuntos, según sus vínculos y sus artículos en la revista *Cultura*.

<sup>57</sup> Bejarano, 1920.

escolarizar o de alfabetizar al pueblo colombiano<sup>58</sup>. Dice: «No estamos perdidos, ni mucho menos. Nuestra raza apenas ha empezado a formarse, de suerte que le falta por cumplir gran parte de su evolución, aquella precisamente en la que las especies, en virtud de una ley de vida, eliminan las toxinas y los defectos adquiridos por herencia, para surgir al fin, después de una trayectoria de años o de siglos, en plena madurez de desarrollo, potentes y perfectas. Nuestros defectos del presente, si sabemos analizarlos y encauzarlos como es debido, serán las grandes cualidades del mañana. Se deben buscar senderos de bien, aprovechando las enseñanzas de la práctica, y ayudar a la naturaleza en su obra eliminadora de lo podrido que llevamos dentro» (Castro, 1915, p. 101). En ese sentido, y al igual que en otros autores, para él la higiene y la educación se constituyen como los medios más adecuados para sacar adelante al país, y no tanto las mezclas raciales.

Este autor, entonces, hace un llamamiento para que se le preste una mayor atención a la infancia y a sus condiciones sociales y materiales de vida. Del mismo modo, insiste sobre la necesidad de una reforma radical de la educación y de la instrucción pública. Con tal propósito, habría que comenzar, según él, por «hermosear la escuela» (Castro, 1915, p. 108), de manera que una suerte de ambiente nuevo influyera y puliera el espíritu del niño, pues, como dice Bernal Jiménez: «Ningún educador podrá perder de vista que la generación de los niños colombianos es producto de un mestizaje en el cual conviven los imperativos ancestrales de muy diversas razas, y que muchas de las contradictorias tendencias de su temperamento tendrán en esta conjunción su explicación más adecuada. En los componentes aborígenes hallará el educador diversos aportes, muchos de ellos no bien definidos aún en sus lindes territoriales y raciales. La eliminación de los elementos perjudiciales o viles, y la exaltación de los elementos nobles y limpios dentro de ese complejo de caracteres, influencias y conatos que constituye la herencia psicológica de un pueblo, es una de las más trascendentales tareas del verdadero educador» (Bernal Jiménez, 1949, p. 35).

Por su parte, Bejarano, higienista, propone en su *Quinta conferencia* que la decadencia de la raza no debe ser concebida en términos puramente biológicos, pues, según él, es fundamental en eso el aspecto extrínseco. Así, «aun cuando se acepte nuestra inferioridad actual, aquella capacidad de ayer fue hija, no tanto de los hombres, como del

<sup>58</sup> Noguera, 2003, p. 26.

momento que pesó sobre ellos» (Bejarano, 1920, p. 190). Para este autor, son las dinámicas y los momentos propios por los que pasa una sociedad los que determinan la «formación de sus hombres». De esa manera, para Bejarano es importante que se preste atención a las dinámicas particulares de la sociedad, como determinantes del destino corporal y espiritual que toman sus hombres.

Por contraste con la idea de la degeneración como desvirtuación del prototipo, de lo originario —en el sentido de Jiménez López—, Bejarano plantea la importancia de la mezcla en términos de adaptación y de supervivencia, y cita a Castro en ese sentido (ver texto líneas arriba, 1920, p. 187). La tesis evolucionista que mantiene este autor es la de que, en condiciones de no mezcla, la ley de supervivencia favorece tan solo a los más fuertes, y, consecuentemente, lleva a la extinción a los más débiles. Sin embargo, en el caso de mezclas raciales, la ley de supervivencia se manifiesta en el sentido de que prevalece lo más fuerte, a partir de los rasgos dominantes, pero ahora en cada una de las razas mezcladas.

Con Bejarano comienza a tomar cuerpo un punto de vista de gran valor en el debate sobre la degeneración de la raza, que se manifiesta en que la idea de tomar los referentes europeos como indicadores de normalidad no es adecuada. Así, afirma: «No es lógico ni convincente que nosotros queramos sujetar nuestra fisiología, dependiente del clima, presión atmosférica, etc., a las normas de lo que sucede en el hombre europeo» (Bejarano, 1920, p. 210). De tal modo, concluye este autor, no es tiempo ahora de universalizar las tesis de la degeneración de la raza, ya que, según él, hacen falta todavía muchos estudios sobre el cuerpo, sobre su fisiología, que permitan hablar con mayor certeza, es decir, con mejores datos de lo que han sido sus procesos de decadencia o de adaptación. Por eso, «el estudio de las razas fundado en caracteres morfológicos y que prescinden de las influencias innegables del medio ambiente, carecen de todo valor y consideración» (Bejarano, 1920, p. 231). Relacionada con estas insuficiencias investigativas, resulta la crítica de Bejarano a las dificultades de una definición del concepto de raza. Pone en duda, por eso, la idea de un origen puro, y dice que es precisamente por el ambiente —por lo externo—, que los grupos humanos tienden a adaptarse y a parecerse entre ellos: «gracias a la influencia de condiciones idénticas de vida, adquieren algún día un tipo común resultante de tantos factores como moldean la especie» (Bejarano, 1920, p. 231). Es decir, los factores externos aparecen aquí como co-causales de ciertas formas específicas de evolución, con lo cual «la»

evolución queda enmarcada dentro de una dinámica de corte epigenético<sup>59</sup>.

Para finalizar esta parte, es importante resaltar que, si hubo un común denominador dentro de todas estas posturas, dicho denominador consistió en la idea de que sólo mediante la educación se podría sacar adelante al país y conseguir un estado de civilización.

#### 4. A MODO DE CONCLUSIÓN

La condición de base o el trasfondo de las posturas aludidas, sigue siendo la idea evolucionista de la mejoría de la raza colombiana a la luz de los argumentos surgidos de cierta sociobiología especulativa. De esa manera, el evolucionismo social sirvió de base o de referente teórico e ideológico apropiado para identificar, como razón para la separación con lo tradicional o con el pueblo, la defectuosa conformación de nuestra raza, de la cual se desprenderían las taras en lo intelectual, en lo moral y en lo social de Colombia. En torno a las disposiciones eugenésicas e higienistas representadas por las morales católica y biológica, hace su aparición en el país, a partir más o menos de 1914 –con la fundación del Gimnasio Moderno–, la moral social o matriz *sociopolítica*, en la cual los sujetos, además de ser pensados como creyentes/pecadores, racialmente regenerados/degenerados, entran a ser vistos como miembros de clases sociales, y, con ello, como sujetos de intereses económicos y culturales. Por todo eso, como sujetos de participación social y política en el ámbito de lo público. Así mismo, se verán aparecer, alrededor de la década de los años 30, reformas educativas encaminadas a la democratización de la cultura, cuando, al calor de la reforma constitucional de 1936, de la legalización de las luchas sindicales, y del proyecto político liberal conocido como la Revolución en Marcha, se lanzaron desde el Ministerio de Educación campañas educativas masivas encarriladas bajo el lema de la «Cultura aldeana». Se creó la Escuela Normal Superior, se difundieron las enseñanzas de la sociología, de la antropogeografía y de la etnografía,

---

<sup>59</sup> La estructuración *epigenética* se refiere al hecho de que los seres humanos no se encuentran insoslayablemente determinados ni por su propio desarrollo natural ni por su origen metafísico o religioso, sino por sus propias prácticas. Es decir, que los individuos tienen que determinarse a sí mismos mediante su interacción con el mundo, transformándose a sí mismos y transformando ese mundo.

y, en fin, a nivel pedagógico, se apropiaron la filosofía y los métodos educativos de John Dewey, encauzados hacia la formación ciudadana. A través de la raza, y, en particular, a través del cuerpo, las elites establecieron su poder social, aprovechando los signos de degeneración de aquella para afianzar más las distinciones. En ese sentido, las diferencias corporales y raciales aparecieron también como diferencias de clase (inferioridad corporal = inferioridad social y cultural). La raza, el cuerpo y la salud, *subalternizan* así al pueblo de otras formas: son una cara externa a partir de la cual se determinan aspectos de la naturaleza interna de los individuos.

El debate en torno a la degeneración de la raza, que estuvo también ligado a una politización de la controversia que se suscitó alrededor de los fines de la educación pública, consiguió incidir sobre la educación de la época mediante la configuración de cuatro tipos de escuela, que fueron: la escuela para la defensa de la raza, la escuela examinadora, la escuela pedagogizadora, y la escuela para la democratización de la cultura<sup>60</sup>. El punto en común de estas tendencias sería el representado por las ideas eugenésicas y las prácticas del examen, simbolizadas por campañas higienistas y antialcohólicas, por restaurantes escolares, y hasta por controles médicos constantes, con el fin de hacer de la escuela la punta de lanza de la lucha masiva contra la propagación de «factores hereditarios negativos», frontera de combate destinada a erradicar las endemias y las patologías, y, en general, como espacio propicio para tomar el control del desarrollo fisiológico y orgánico de la infancia colombiana y de sus familias. La estrategia higienizadora permitió la articulación del tema de la degeneración de la raza con el de la educación, ampliando, claro está, la higienización del plano corporal al plano espiritual. De ahí que examinar cuerpos y almas, uno por uno, fuera el principal cometido de las intervenciones morales católica y biológica de la época. Higienizar sería, por tanto, una de las principales estrategias para la recuperación del pueblo colombiano. La idea de pensar el problema de la higiene, a comienzos de siglo, como una estrategia, sugirió que las medidas higiénicas implementadas por la época constituyeran una red de discursos y de prácticas que se fueron dirigiendo sobre la población, sobre todo a la más pobre, y, en particular a la niñez, con el propósito de que, antes que mejorar las condiciones de vida, había que ejercer el control y el gobierno. Dicho con otras palabras: pensar en la higiene como parte de una estrategia eugenésica, implicaba

<sup>60</sup> Noguera, 2003, p. 237.

reconocerle un papel más allá (o más acá) de la obvia, en tanto necesidad que tendría toda sociedad de preservar y de promover la salud de la población (biopolítica y biocontrol). Implicaba, entonces, dos presupuestos generales: en primer lugar, el reconocimiento de la aparición de la preocupación por el cuerpo y por la salud de la población como un problema propio del siglo XX en nuestro país, y, en segundo lugar, el análisis de tal preocupación como un problema político y social, es decir, como un problema de cara al control y al gobierno de la población<sup>61</sup>. Por eso, como dice Saldarriaga, «lo social» ha de repensarse como un campo construido o «inventado» estratégicamente para producir, para conducir, para gestionar y para determinar las llamadas «necesidades o aspiraciones naturales» y las «reivindicaciones de justicia» de la población, en términos de la redistribución de los beneficios económicos, a través de «servicios» estatales o privados de salud, de educación, de bienestar, de seguridad social y de servicios públicos. Ese campo operaría, al menos, en dos planos: primero, el de la *promesa o ideal*. Sería la «fe» en la satisfacción futura o en el cubrimiento total de las demandas la que pretendería, de un lado, dar credibilidad y legitimidad al campo político, y, de otro, gestionar los conflictos entre las clases sociales para evitar que se desbordara. Segundo plano, el de las *tecnologías de gobierno*: se trataría de la implantación de instituciones, de sujetos y de saberes especializados en «lo social», para ejercer funciones de extracción de información sobre la vida de «los pobres» o subalternos, configurándolos como objetos de saber, de experimentación y de intervención. Para entender todo esto, Foucault nos aportó la noción de *gubernamentalización* (Saldarriaga, 2003, p. 195).

El papel del cuerpo resultó ser aquí, al mismo tiempo, el de una entidad biológica y el de una entidad simbólico-cultural. Como consecuencia, la medicina y las propuestas eugenésicas ligadas a ella pasaron rápidamente del marco de «lo corporal» al marco de «lo social-cultural-ético-político», infiriendo profundamente en este último. En Colombia, la interiorización de ciertas imágenes modernas del cuerpo y de normas sobre su salud y su enfermedad, fueron posibles también gracias al papel estratégico y mediador que cumplieron la escuela y la educación. Estas imágenes y estas normas se constituyeron en la base para la comprensión, para la ubicación y para la percepción de sí mismos de los individuos en la sociedad. Sabido es que los límites entre enfermedad y salud del cuerpo no han sido estables dentro de la propia medicina; sin embargo,

---

<sup>61</sup> Noguera, 2003, p. 123.

esta última no ha dejado de ser una de las instancias fundamentales en la producción de una serie de normas y de regulaciones, que se extienden desde lo legislativo hasta otros ámbitos sociales (por ejemplo, la educación pública, la política social, la eugenesia, el derecho laboral, entre otras), fomentando e imponiendo con ello una cierta imagen del ser humano ideal, y contribuyendo a dar una cierta idea de regularidad, de controlabilidad, de seguridad... Mediante una forma de vida saludable, mediante el movimiento, la actividad y el cuidado del cuerpo, se habría de llevar al hombre a que estuviera nuevamente con su fuerza natural. Para perfeccionarse, el hombre debía volver sobre su naturaleza, sobre su cuerpo, sobre su fuerza, sobre su actividad y sobre su salud, exigiéndole al cuerpo mismo una actividad dirigida conscientemente.

En el principio de la actividad, y ligado a él, la idea del cuerpo activo, disciplinado y saludable, quedaba articulado a las premisas de la concepción de progreso. En ese sentido, toda actividad que no cayera en la agitación debía tener una meta definida y estar referida a un tiempo. Lo que se alcanzó a ver fue que el concepto de cuerpo que se tenía aquí era el de un simple material, el de una naturaleza funcional, y el de un medio de producción. Así, el proceso de industrialización y de modernización en Colombia se encontró en relación directa con la estrategia educativa de cualificación del cuerpo para la producción y para el rendimiento. Homogeneización y formación de «cuerpos dóciles» –individuales y poblacionales–, capaces de autocontrol, de autorregulación, de automantenimiento, se convirtieron entonces en las grandes consignas. Por eso, dentro de esa lógica *civilizatoria*, una «prudencia infinita al servicio de una firme voluntad de perfeccionamiento y de una clara conciencia de sus destinos es la mayor garantía de progreso real para un pueblo» (López de Mesa, 1926, pp. 197-198).

## BIBLIOGRAFÍA

- BEJARANO, J. (1920): «Quinta conferencia», en L. López de Mesa (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia. Segundo volumen de la biblioteca de «Cultura»*, Bogotá, Imprenta Linotipos de *El Espectador*.
- BERNAL JIMÉNEZ, R. (1949): *La educación, he ahí el problema*, Bogotá, Prensas del Ministerio de Educación Nacional.
- CASTRO, A. (1915): «Meliorismo», en *Cultura*, vol. II, n.º 7, pp. 55-61, Bogotá.

- (1915a): «Meliorismo», en *Cultura*, vol. II, n.º 8, pp. 97-114.
- CHIAPPE, C. (1983): «El pensamiento educativo de Herbert Spencer y de John Dewey», en *Simposio Permanente sobre la Universidad, segundo seminario general 1982-1983*, Bogotá, Asociación Colombiana de Universidades (ASCUM), Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES).
- CHINCHILLA, V. J. (2001): «Educación física y construcción de la nación en la primera mitad del siglo XX», en M. C. Herrera, y C. J. Díaz Soler (comps.): *Educación y cultura política: Una mirada multidisciplinaria*, Bogotá, Plaza y Janés.
- COMTE, A. (1995): *Discurso sobre el espíritu positivo*, Barcelona, Altaya.
- DARWIN, Ch. (1993): *Textos fundamentales*, Barcelona, Altaya.
- DÍAZ SOLER, C. J. (2005): *El pueblo: de sujeto dado a sujeto por construir. El caso de la Campaña de Cultura Aldeana en Colombia (1934-1936)*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.
- (2001): «El Pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. Apuntes sobre la década del treinta», en M. C. Herrera, y C. J. Díaz Soler, (comps.): *Educación y cultura política: Una mirada multidisciplinaria*, Bogotá, Plaza y Janés.
- DURKHEIM, É. (1985): *La división del trabajo social I*, Colombia, Planeta de Agostini, Obras maestras del pensamiento contemporáneo.
- ESCOBAR V. A. (1998): *La invención del Tercer Mundo. Construcción y reconstrucción del desarrollo*, Santafé de Bogotá, Norma.
- FOUCAULT, M. (1992): *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta.
- (1991): *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta.
- (1991b): *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- GURVITCH, G. (1970): *Tres capítulos de historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- HARRIS, M. (1999): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HELG, A. (1987): *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política*, Bogotá, CEREC.
- HERRERA, M. C. (2001): «Debates sobre raza, nación y educación: ¿hacia la construcción de un 'hombre nacional'?», en M. C. Herrera, y C. J. Díaz Soler (comps.): *Educación y cultura política: Una mirada multidisciplinaria*, Bogotá, Plaza y Janés.
- (1999): *Modernización y escuela nueva en Colombia: 1914-1951*, Santafé de Bogotá, Plaza y Janés.
- HERRERA, M. C., y DÍAZ SOLER, C. J. (comps.) (2001): *Educación y cultura política: Una mirada multidisciplinaria*, Bogotá, Plaza y Janés.

- JIMÉNEZ LÓPEZ, M. (1948): *La actual desviación de la cultura humana. Discursos y ensayos*, Tunja, Imprenta Oficial.
- (1928): *La escuela y la vida*, París, Lausanne.
- (1920): «Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares», en L. López de Mesa (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia. Segundo volumen de la biblioteca de «Cultura»*, Bogotá, Imprenta Linotipos de *El Espectador*.
- (1920a): «Primera conferencia», en L. López de Mesa (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia. Segundo volumen de la biblioteca de «Cultura»*, Bogotá, Imprenta Linotipos de *El Espectador*.
- (1917): «La enseñanza teórica y la enseñanza práctica. Segunda parte», en *Cultura*, vol. IV, n.º 19, pp. 3-20, Bogotá.
- (1917a): «La enseñanza teórica y la enseñanza práctica. Tercera parte», en *Cultura*, vol. IV, n.º 20, pp. 101-115, Bogotá.
- (1917b): «La formación de la personalidad. Base de la educación», en *Cultura*, vol. IV, n.º 23-24, pp. 299-324.
- (1916): «La enseñanza teórica y la enseñanza práctica. Primera parte», en *Cultura*, vol. III, n.º 13, pp. 442-456, Bogotá.
- LACLAU, E. (2005). *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ DE MESA, L. (2000). *Nosotros. Seguida de El nueve de abril*. Compilador y presentador: Sergio H. Arroyave Maya, Medellín, Imprenta Departamental de Antioquia.
- (1970): *Disertación sociológica*, Medellín, de Bedout.
- (1970a): *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Medellín, de Bedout.
- (1970b): *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, Medellín, de Bedout.
- (1926): *Civilización contemporánea*, París, Agencia Mundial de Librería.
- (1920) (comp.): *Los problemas de la raza en Colombia. Segundo volumen de la biblioteca de «Cultura»*, Bogotá, Imprenta Linotipos de *El Espectador*.
- (1918): «Nuestros problemas nacionales», en *Cultura*, vol. V, n.º 25-26, pp. 58-71, Bogotá.
- (1917): «El alma de América», en *Cultura*, vol. IV, n.º 22, pp. 220-229, Bogotá.
- (1915): «Preparación del futuro», en *Cultura*, vol. II, n.º 10, pp. 304-310, Bogotá.
- (1915a): «Nueva teoría filosófica», en *Cultura*, vol. I, n.º 6, pp. 418-432, Bogotá.
- MÁRQUEZ, J.; CASAS, Á., y ESTRADA, V. (eds.) (2004): *Higienizar, medicar, gobernar. Historia, medicina y sociedad en Colombia*, Medellín, La Carreta.
- NISBET, R. (1991): *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa.

- NOGUERA, C. E. (2003): *Medicina y política: discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- PARCEVAL, J. M. (1995): *Nacionalismos, xenofobia y racismo en la comunicación. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ediciones Paidós.
- SÁENZ OBREGÓN, J.; SILDARRIAGA VÉLEZ, Ó., y OSPINA, A. (1997): *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. 2 vols., Bogotá, COLCIENCIAS, Ediciones Foro Nacional por Colombia y Universidad de Antioquia.
- SILDARRIAGA VÉLEZ, Ó. (2003): *Del oficio del maestro. Prácticas y teorías de la pedagogía moderna en Colombia*, Bogotá, Magisterio.
- (2000): *Saber pedagógico, sistema educativo e invención de lo social en Colombia (1870-1970)*, en S. Castro-Gómez (ed.): *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá, CEJA.
- SLOTERDIJK, P. (1999): *Reglen für den Menschenpark. Ein Antwortschreiben zu Heideggers Brief*, Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag.
- SPENCER, H. (1984): *El individuo contra el Estado*, Barcelona, Orbis.
- «Los primeros principios», en <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12159286449090401865624/index.htm>>.
- SPENGLER, O. (2002): *La decadencia de occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Tomo II, Madrid, Colección Austral.
- TIMASHEFF, N. (1977): *La teoría sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- URIBE URIBE, R. (1955): *Por la América del Sur*, Tomo I, Bogotá, Kelly.
- WEBER, M. (1994). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Ediciones Península.
- I•EK, S. (comp.) (2004): *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

---

**REVISTA IBEROAMERICANA DE EDUCACIÓN**

**REGRESAR A ÍNDICE Nº 39**

**REGRESAR A PÁGINA INICIAL DE LA REVISTA**

**CONTACTAR**